

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

CELAM

ITEPAL

Instituto Teológico Pastoral
para América Latina - CELAM

BIBLIOTECA

LA PALABRA DEL PAPA

A EPISCOPADOS DE AMERICA LATINA

1978 - 1979

Bogotá, 1980

INDICE

	Pags.
Contenido	1
Advertencia	3
Discursos del Papa	
A los Obispos de Honduras	5
A los Obispos de Antillas	8
A los Obispos de Uruguay	15
A un grupo de Obispos de Colombia	19
A un grupo de Obispos de Argentina	23
A un grupo de Obispos de Colombia	29
A los Obispos del Paraguay	33
A los Obispos de Chile	36
A los Obispos del Perú	44
A un grupo de Obispos de Argentina	50
A un grupo de Obispos de Colombia	57
A los Obispos de México	61
A los Obispos de Venezuela	66
A un grupo de Obispos de Colombia	73
A los Obispos del Ecuador	77
Anexos	
Recuerdos del viaje a Latinoamérica. Discurso a los jóvenes 7/II/79	85
Catequesis del 14/II/79	89
Simposio de los Obispos Europeos. Homilía 20/VI/79	95
Al Consistorio. Alocución 30/VI/79	97
A la OEA. Discurso del 6/IX/79	103
Alocución dominical (Angelus) del 28/X/79	110
Mensaje al pueblo mexicano en el 1er. aniversario de su visita	113

CONTENIDO

Los textos de los discursos del Papa a los grupos de Obispos de América Latina que realizaron la visita "Ad Lfmina Apostolorum" desde finales de 1978 hasta 1980.

En anexo se reproducen las catequesis y discursos en que hizo expresa alusión a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Puebla y al CELAM, junto con el Mensaje al pueblo mexicano con motivo del primer aniversario de su viaje a México.

Al comienzo de cada discurso se anotan la fecha en que fue pronunciado, la fecha y número de páginas en que fue publicado en L'Osservatore Romano, Edición en Español.

ADVERTENCIA

*Hemos creído prestar un servicio útil a los Señores Obispos de América hispano-parlante si les hacíamos llegar compilados los discursos que el Santo Padre les dirigiera en sus *encuentros* en ocasión de las visitas "ad Límina", en 1978 y 1979.*

Téngase en cuenta que los miembros de algunas Conferencias Episcopales habían sido recibidos en los últimos tiempos del recordado Pablo VI. Pero el contenido de este breve volumen está integrado solamente por los discursos de las entrevistas con Juan Pablo II. Lo exigía, en cierta manera, la unidad del texto.

Como es sabido, los Obispos de algunas Conferencias fueron recibidos por el Santo Padre en grupos distintos. Lógicamente publicamos las palabras que les dirigió a cada uno de ellos.

Sin duda es ocioso advertir que es fácilmente comprobable el tratamiento repetido de algunos temas. Sin embargo, tengámoslo en cuenta porque, a nuestro parecer, ello indica los puntos que el Papa juzgó más sobresalientes en esos determinados momentos y para esos determinados Pastores. Y los quiso destacar.

Dios quiera que la relectura de estas páginas nos iluminen, y sirvan, además, como grato recuerdo de nuestro encuentro filial con el Padre común.

ANTONIO QUARRACINO
Secretario General

*ENCUENTRO DEL ROMANO PONTIFICE CON
LOS OBISPOS DE HONDURAS, PRESENTES EN
ROMA PARA LA VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM"*

**DIMENSIONES Y PRIORIDADES DE LA
TAREA EVANGELIZADORA**

Discurso de Juan Pablo II

Venerables hermanos en el Episcopado:

Después del encuentro individual con cada uno de vosotros, tengo el placer de recibir hoy colectivamente a todos los miembros del Episcopado de Honduras, en el marco de la visita *ad Límina Apostolorum* que estáis realizando en estos días.

Si durante nuestro contacto precedente hemos hablado de aspectos particulares de cada una de vuestras diócesis, ahora desearía tratar algún tema que afecta a la vida de la Iglesia en Honduras en su globalidad.

Dificultades y esperanzas

A través de vuestras palabras y de las relaciones presentadas, he constatado con gozo que la labor evangelizadora en Honduras se ha ido intensificando en los últimos años y que con ello ha aumentado la práctica de la religión, a la

vez que la formación religiosa del pueblo, sobre todo en ciertos sectores, ha mejorado. Son éstos motivos de esperanza, que al mismo tiempo hacen pensar en la dificultad principal que la Iglesia encuentra en vuestro país, derivada de la escasez de sacerdotes.

Sé bien que, gracias a Dios, el laicado católico hondureño ha ido tomando conciencia creciente de su responsabilidad dentro de la Iglesia, y está contribuyendo de modo positivo en la tarea eclesial de difusión del mensaje evangélico. Esta contribución, que denota una maduración de la conciencia cristiana del laicado, es muy encomiable, debe continuar y ser intensificada en todo lo posible.

La promoción de las vocaciones

Pero ello no debe hacer olvidar el puesto insustituible y propio que en la santificación del Pueblo de Dios corresponde a los sacerdotes, puestos por el Señor para que “en la sociedad de los creyentes poseyeran la sagrada potestad del orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñaran públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo” (*Presbyterorum ordinis*, 2).

Se trata de una cuestión de importancia vital para la Iglesia. De ahí deriva el preciso deber de atender con solicitud absolutamente prioritaria el campo de las vocaciones al sacerdocio, y paralelamente a la vida consagrada. Es una gran tarea, a la que hay que entregarse con toda diligencia, educando luego esas vocaciones en un sólido sentido de fe y servicio al mundo actual.

Para crear un ambiente propicio al florecimiento de las vocaciones, la comunidad eclesial habrá de ofrecer un testimonio de vida conforme con los valores esenciales del

Evangelio, a fin de que puedan así despertar almas generosas, orientándose a la entrega total a Cristo y a los demás. Con la confianza puesta en el Señor y en la recompensa prometida a quien le sirve con fidelidad.

Sacerdotes generosos y entregados a la propia misión

Pensando en vuestros sacerdotes, quiero recomendaros con especial interés que prestéis un particular cuidado pastoral a vuestros colaboradores, para que mantengan siempre viva su propia identidad sacerdotal y la donación eclesial hecha. Ayudadles con el ejemplo y la palabra a ser bien conscientes de la grandeza de su cometido de continuadores de la misión salvadora de Cristo, y de la necesidad de adecuarse cada vez más a ella.

Esto requerirá un esfuerzo constante por no configurarse con este siglo (Cf. Rom 12,2), por resucitar cada día la gracia que poseen mediante la imposición de las manos (cf 2 Tim 1,6), por vivir para Cristo, que vive en ellos (Cf Gal 2,20). Sólo en este espíritu de fe podrán los sacerdotes ser plenamente conscientes del valor sublime del propio estado y misión.

Comunión eclesial

En el ejercicio del ministerio sacro, para dar plena eficacia al esfuerzo evangelizador, es esencial mantener una estrecha comunión entre obispos y sacerdotes. Aquellos, en espíritu de auténtica caridad y ejerciendo su autoridad en actitud de servicio (Cf Mt 20,28), éstos, en fidelidad a las directrices recibidas de su Ordinario, conscientes de que forman “una sola familia, cuyo padre es el obispo” (*Christus Dominus*, 28). Invito, por ello, a vuestros sacerdotes a pensar que nada estable o constructivo podrá con-

seguirse en su ministerio, si se pretende realizarlo fuera de la comunión con el propio obispo; tanto menos, si fuera contra él. Por no referirme al daño y desorientación que semejantes actitudes crean entre los fieles.

Queridos hermanos: Querría poder tratar aquí tantas otras cuestiones. Baste ahora mi palabra de aliento en vuestra acción pastoral. Al regresar a vuestro país, transmitid vosotras esa palabra de aliento del Papa a los sacerdotes y seminaristas, a los religiosos —parte tan importante entre vuestros colaboradores—, a las religiosas y seglares. Llevadles el saludo afectuoso del Papa, que los tiene presentes en sus plegarias, los anima en su respectivo empeño eclesial y los bendice de corazón.

* * *

4/v/79

O.R. 5/VIII/79 pag. 2

Visita "ad Limina Apostolorum" de los Obispos de Antillas

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Los Obispos de Antillas vinieron a Roma a principios de mayo para realizar la visita "ad Limina Apostolorum Petri et Pauli". el Papa Juan Pablo II recibió en audiencia a cada uno de ellos el sábado 4 de mayo, y ese mismo día recibió a todos juntos en su biblioteca. El Santo Padre pronunció en inglés el siguiente discurso, añadiendo al final las últimas palabras en francés.

Comunión y ministerio a la luz del Concilio

Queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Os doy la bienvenida con amor fraterno.

En cuanto miembros y observadores de la Conferencia Episcopal de Antillas os habéis reunido junto a la tumba del Apóstol Pedro —y con su Sucesor— para celebrar vuestra unidad en Cristo y en la Iglesia. Por pertenecer a una Conferencia que está al servicio de tantas naciones y pueblos diferentes de las islas del Caribe y del continente, pienso que os halláis en situación de reflexionar con interés especial sobre el gran tema de la unidad de la Iglesia. Creo asimismo que el énfasis del Concilio Vaticano II sobre el misterio de la Iglesia en cuanto "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano" (*Lumen gentium*, 1), tiene un significado especialmente hondo para vosotros; y puesto que la reflexión sobre este tema es causa de gozo inmenso y, al mismo tiempo de fuerza pastoral, os lo propongo esta mañana pidiendo al Espíritu Santo, por cuyo poder está unida la Iglesia en su comunión eclesial y en su ministerio (Cf *Lumen gentium*, 4) que derrame sobre vosotros la gracia por la que Cristo oró: "para que sean consummati in unum!" (Jn 17,23).

Comunión y ministerio son, por tanto dos grandes aspectos de la unidad de la Iglesia, de la que somos servidores y custodios. Ver la Iglesia como comunión es penetrar mejor en el corazón de su misterio y en la identidad de nuestro ministerio de obispos llamados a proclamar que "esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1,3).

El mensaje inmutable de la salvación en Cristo

La comunión que impulsamos y fomentamos es comunión de fe en Dios. Creemos en el Padre que se revela a Sí mismo por la fuerza de su amor infinito, y a través del Espíritu Santo nos da la salvación en su Verbo Encarnado. Creemos en Nuestro Señor Jesucristo que reúne por su muerte a los hijos de Dios que estaban dispersos (Cf Jn 11,52).

Para nosotros los Obispos, esta comunión de fe es el fundamento de nuestra tarea apostólica de edificar la Iglesia por la proclamación del Evangelio, y por ellos nos encontramos solidarios con San Pablo cuando dice: “del Evangelio he sido yo hecho heraldo, apóstol y doctor” (2 Tim 1,11). Nuestra comunión de fe proyecta luz sobre la unidad de nuestro ministerio, por el que anunciamos el mensaje inmutable de la salvación en Cristo. Nuestra comunión de fe impone sobre nosotros la gran responsabilidad de dar a nuestro pueblo la totalidad de la doctrina cristiana, y en esta responsabilidad nos sostiene el poder de Dios. En el último discurso del mismo día que murió, mi predecesor Juan Pablo I habló de ello bajo el punto de vista del Pueblo de Dios diciendo: “Entre los derechos de los fieles, uno de los mayores es el derecho a recibir la palabra de Dios en toda su integridad y pureza, con todas sus exigencias y su fuerza” (A un grupo de obispos filipinos en la visita *ad Limina Apostolorum*, 28 de septiembre de 1978: *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 8 de octubre de 1978, pag. 4).

Construir la civilización del amor

La unidad de la Iglesia queda patente también en nuestra comunión de amor, amor que es mayor que nuestros

propios poderes y que se nos ha infundido en el bautismo, amor por el que amamos a Dios con todo nuestro corazón, nuestra alma y nuestra mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos (Cf Mt 22, 37-39). San Agustín muestra su gran penetración de la verdad cuando dice: “El amor a Dios es el primero en la lista de los preceptos, pero en cuanto a la acción el amor al prójimo es el primero” (*Dei dilectio prior est ordine praecipendi, proximi autem dilectio prior est ordine faciendi*, In Ioann. Tract. 17). Sobre esta base nuestro ministerio cobra vigor nuevo cuando conseguimos extender el amor de Cristo a todo el pueblo, para poner en práctica su mandamiento de amor. En la comunión de amor encontramos la fuerza que nos sostiene en el servicio de la humanidad. En el mensaje del Evangelio aprendemos a honrar al hombre y salir al encuentro de las existencias ineludibles de la dignidad humana, y ayudar a cumplir la tarea de construir la civilización del amor.

Según las palabras del Concilio Vaticano II, la gran unidad querida por Cristo para su Iglesia se modela y encuentra su fuente en la unidad de la Santísima Trinidad, y perdura en la Iglesia católica (Cf *Lumen Gentium*, 8; *Unitatis redintegratio*, 2,3). Y, sin embargo, sabemos que la tarea de impulsar la vuelta a la unidad entre los cristianos está lejos de completarse. Es una tarea que nos ha encomendado el Señor. La fidelidad a Jesucristo exige que abracemos con fuerza la causa de la unidad cristiana. En nuestros días el Espíritu Santo ha infundido fuertemente en el mundo la urgencia de esta empresa: *ut omnes unum sint* (Jn 17,21). Esta meta del Concilio Ecuménico es clara, y he afirmado siendo ya Papa que “desde mi elección me comprometí formalmente a impulsar la puesta en práctica de sus normas y orientaciones, considerando que esto era para mí un deber primordial” (Al Secretariado para la Unión de los Cristianos, 18 de noviembre, 1978; *L'Osser-*

vatore Romano, Edición en Lengua Española, 3 de diciembre, 1978, pag. 8).

La tarea ecuménica

Al mismo tiempo, nos debemos proponer comprometernos a hacer un esfuerzo y adoptar los medios que conducen a la unidad cristiana. El Concilio propone sugerencias minuciosas. Es de particular importancia examinar nuestra fidelidad a Cristo: estamos constantemente llamados a la conversión o al cambio de corazón. Es oportuno repetir hoy la aclaración del Concilio de que “esta conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones públicas y privadas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico, y con toda verdad pueden llamarse ecumenismo espiritual” (*Unitatis redintegratio*, 8).

Es insoslayable y saludable de verdad que al luchar como cristianos por restaurar la unidad, se sienta el dolor por las divisiones existentes. Como dije en la alocución citada: “No se cura el mal suministrando analgésicos, sino atacando las causas”. Debemos seguir trabajando humilde y resueltamente para eliminar las divisiones reales y restaurar esa plena unidad de fe que es condición para participar en la Eucaristía. Es de gran importancia el hecho de que “en cada celebración eucarística entra en acción toda la fe de la Iglesia, y se manifiesta y realiza la comunión eclesial en todas sus dimensiones” (ib). La participación en la Eucaristía presupone unidad de fe. La intercomuniación entre cristianos separados no es la respuesta al llamamiento de Cristo a la perfecta unidad. Dios tiene señalada una hora para la realización de su designio salvífico de unidad cristiana. A la vez que suspiramos por esta hora en oración conjunta y en diálogo, y nos afanamos por ofrecer al Se-

ñor un corazón cada vez más purificado, debemos igualmente esperar la acción del Señor. Se debe repetir una y otra vez que la restauración de la unidad cristiana es, ante todo, don del amor de Dios. Mientras tanto, sobre la base de nuestro bautismo común y del patrimonio de fe que ya compartimos, debemos intensificar nuestro testimonio conjunto del Evangelio y nuestro servicio común a la humanidad. En este contexto quisiera repetir las palabras que dije en mi reciente visita a Nassau: “Con profundo respeto y amor fraterno deseo saludar también a todos los otros cristianos de Bahamas” —y hoy añado: de todas las Antillas—, “a todos los que confiesan con nosotros que ‘Jesús es el Hijo de Dios’ ” (1 Jn 4,15). Tened la seguridad de que deseamos colaborar leal y perseverantemente para obtener de Dios la gracia de la unidad querida por Cristo el Señor”.

Unirse a Cristo en el culto al Padre

Queridos hermanos en el Episcopado: Este misterio de unidad en Cristo y en su Iglesia debe ser vivido hasta el fondo por el Pueblo de Dios; y la base y centro de toda comunidad cristiana es la celebración de la Eucaristía (*Cf Presbyterorum ordinis*, 6). Os pido que recordéis a vuestros fieles el gran privilegio que tienen de reunirse en la Misa del domingo, de unirse con Cristo en su culto al Padre. La Misa dominical tiene valor primario en la vida de los fieles, no en el sentido de que las demás actividades carezcan de importancia y significado en la vida cristiana, sino más bien en el sentido de que la Misa dominical sostiene, ennoblece y santifica todo lo que se hace a lo largo de la semana.

Cuando volváis al campo de vuestras tareas pastorales, os ruego que digáis una vez más a todos vuestros sacerdotes

que les amo, y que os esforcéis por vivir junto con ellos la unidad de la comunión eclesial y del ministerio en toda su intensidad. Los misioneros, necesarios todavía en vuestro país, tienen un lugar especial en mi corazón y en el corazón de Cristo Salvador. Encomiendo también los misioneros a vuestro cuidado pastoral, de modo que puedan aprender que por experiencia cuán intensamente personal es el amor que están llamados a manifestar en el nombre de Cristo Buen Pastor, que conoce por su nombre a sus ovejas. Y cuantos colaboran con vosotros en la causa del Evangelio, en especial a los catequistas, expreso mi agradecimiento. Dedico una palabra especial a las familias cristianas que luchan por dar testimonio de la alianza del amor de Dios y de la unidad de la Iglesia de Cristo

Formar a los jóvenes en la justicia y en la verdad

Antes de terminar, dirijo un llamamiento a los jóvenes de vuestras Iglesias locales. Constituyen un signo de la juventud y dinamismo de la misma Iglesia, dentro de la comunión eclesial; son la esperanza de su futuro. Hagamos cuanto está en nuestro poder para que los jóvenes se formen en la justicia y la verdad, y se alimenten de la Palabra de Dios; de modo que rechazando las ideologías engañosas, puedan vivir en libertad verdadera como hermanos y hermanas de Jesucristo.

A todas las personas unidas a vosotros en la comunión de la Iglesia envío mi bendición apostólica invocando la intercesión de María Reina del cielo y Madre de Cristo Resucitado.

No me olvido ni mucho menos de que entre vosotros hay varios obispos de lengua francesa e incluso de departamentos franceses de ultramar; pero la cercanía y semejanza de problemas pastorales os llevan a vivir en solidari-

dad con los otros obispos de las Antillas. Transmitid a vuestros sacerdotes, religiosos y religiosas, y a los laicos cristianos de vuestras diócesis, el recuerdo afectuoso del Papa con la exhortación a formar comunidades bien unidas, que sepan ahondar en su fe y manifestarla, y se afanen por vivir el Evangelio en el corazón de su vida.

A vosotros, queridos hermanos, mis mejores deseos cordiales para vuestro ministerio, y mi bendición apostólica.

* * *

26/V/79

O.R. 3/VI/79 pag. 16

Obispos de Uruguay en visita "ad Limina Apostolorum"

**LA ACCION COLEGIAL DEL EPISCOPADO EN LA
TAREA EVANGELIZADORA**

Discurso de Juan Pablo II

Venerables hermanos:

Vuestra presencia me recuerda el mensaje que os dirigí, al comienzo de mi pontificado, con ocasión del primer centenario de la fundación de la jerarquía eclesiástica en vuestro país. Me sentí inmensamente contento de que un acontecimiento de tanta importancia para la historia religiosa de vuestra tierra tuviese su celebración final en la solemnidad de la Inmaculada con una ceremonia culminada a los pies de la imagen de la Virgen de los Treinta y Tres.

Unión con la Sede de Pedro

Hoy, al veros aquí en vuestra visita *ad Limina Apostolorum* —y siento presentes también a los demás hermanos en el Episcopado que vendrán asimismo a *visitar a Pedro*— advierto vivamente que se hace más fuerte mi unión con vosotros: una fuerza que halla su perenne fecundidad en el designio según el cual Cristo ha querido construir su Iglesia sobre Pedro, con el mandato de confirmar a sus hermanos, haciendo de su misión con ellos la unidad del Colegio Apostólico. Se trata de la colegialidad subrayada insistentemente por el Concilio Vaticano II. El Obispo es el principio y fundamento visible de la unidad de la Iglesia particular de la que es Pastor (*Lumen gentium*, 23); pero como miembro del Colegio Episcopal está obligado a actuar solidariamente con sus hermanos cuando surjan problemas comunes con otras comunidades eclesiales, sobre todo si tales problemas afectan al ámbito entero de una misma nación. Por esto me llena de alegría la imagen que ofrece la Iglesia en vuestro país, signo manifiesto de salvación y sacramento de unidad para todos los hombres (*Lumen gentium*, 1,48), configurándose por tanto como un modelo para la convivencia fraterna de la nación.

El problema de las vocaciones y la atención espiritual a los sacerdotes

Quiero detenerme particularmente en un punto, al poner de relieve la operante unanimidad de vuestras aspiraciones: la adecuada e intensa pastoral de las vocaciones religiosas y sobre todo sacerdotales. Es una exigencia ineludible, por la que también se hace ansiosa mi solicitud, cuando miro a países donde, como en el vuestro, falta todavía un orgánico y adecuado desarrollo del

cuerpo de las Iglesias particulares, obligadas para su vida y su misión a valerse de la ayuda preciosa y generosa, pero precaria, que puede ofrecer el clero de otras naciones.

Por esto doy gracias fervientes al Dueño de la mies que desde hace algún tiempo va suscitando en vuestras diócesis un creciente número de vocaciones sacerdotales.

Considero superfluo llamar la atención acerca de la necesidad de formar adecuadamente a los futuros obreros de la viña. Pero permitidme insistir, a fin de que en vuestra misión de pastores tenga un lugar prioritario el cuidado de la espiritualidad de quienes serán vuestros inmediatos colaboradores, no menos que de aquéllos que el Señor ha puesto ya a vuestro lado. La solicitud para con vuestros sacerdotes tenga todo el vigor y todas las delicadas atenciones que se requieren de vuestro oficio paterno, sobre todo a fin de que sea determinante en sus actitudes y en su conducta la inspiración sobrenatural que interprete adecuadamente la esencia del mensaje evangélico.

La dinámica pastoral

Esta animación espiritual os preocupe también en la búsqueda, en la formación y en la dirección de las otras fuerzas, a las que la Iglesia pide hoy una aportación sustancial organizada para el desarrollo de la propia misión.

Así vuestro plan pastoral quinquenal preparado para todo el país, podrá pasar a una dinámica fase ejecutiva para la santificación del Pueblo de Dios. Se beneficiará también la renovación moral y religiosa de no pequeños sectores, como exigen necesidades muy graves y tendencias funestas, sobre las que recientemente habéis alzado vuestra voz.

Vigilancia y eficacia en el cumplimiento de la misión específica de la Iglesia.

Aprecio vivamente vuestro celo vigilante y eficaz sobre todo el ámbito de la misión específica de la Iglesia que, ajena a intervenciones que está fuera de su competencia, presta un servicio —no ciertamente contingente— a la causa de la humanidad en general y del pueblo en medio del cual actúa como madre y maestra. Al respecto vosotros os habéis pronunciado explícita y equilibradamente, y yo mismo he desarrollado este tema fundamental en el discurso de apertura de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Es un camino señalado claramente para la evangelización en un continente al que quiero mucho y en el que vuestro país ha tenido y mantiene un puesto de gran prestigio. Sólo me falta, pues, deciros, en un campo tan delicado, que yo cuento mucho con vuestro celo y con el de todos vuestros colaboradores; pero quiero también expresar el deseo de que la sabiduría humana y cristiana de vuestros conciudadanos sepa beneficiarse con confianza del Magisterio y de la obra de la Iglesia.

Deseo volver de nuevo al punto de partida de este discurso: peregrino espiritualmente al santuario de la Virgen de los Treinta y Tres, encomiendo a su amor materno vuestras fatigas, vuestras penas, vuestras aspiraciones y las de todos vuestros sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, seminaristas, las de todos los agentes de la pastoral y de todo vuestro pueblo. Acoged la bendición apostólica que de todo corazón os imparto y que deseo hacer llegar al Cardenal Antonio Barbieri, este insigne pastor en la oración el largo y valioso servicio prestado a la Iglesia en vuestro país.

* * *

6/VII/79

O.R. 15/VII/79 pag. 2

Visita "Ad Limina Apostolorum" de un grupo de Obispos de Colombia

ORIENTACIONES PASTORALES DEL PAPA A

OBISPOS COLOMBIANOS

Discurso de Juan Pablo II

Encuentro con el sucesor de Pedro

Amados hermanos en el Episcopado:

CON PROFUNDO GOZO os recibo hoy, Pastores de las cuatro provincias eclesíásticas de Nueva Pamplona, Barranquilla, Cartagena y Bucaramanga, venidos a Roma para vuestra visita ad Limina Apostolorum. Bienvenidos en el nombre de Cristo.

FORMAIS el primer grupo de obispos de Colombia, que este año vendrán a la ciudad Eterna para encontrar a Pedro y hacerle partícipe de las realizaciones, esperanzas y dificultades de cada una de sus respectivas Iglesias particulares.

PERMITIDME que en primer lugar exprese mi sincero aprecio y gratitud por las elocuentes palabras pronunciadas, en nombre de todos vosotros, por el señor Arzobispo de Nueva Pamplona, Mons. Mario Revollo, Presidente de la Conferencia Episcopal Colombiana. Ellas ponen de manifiesto de modo inequívoco, la finalidad central de la visita ad Limina: testimoniar y consolidar esa estre-

cha unión de sentimientos y propósitos de los obispos con el Sucesor de Pedro y Pastor de toda la Iglesia, garantía de la necesaria unión eclesial.

PERO EN ESTA CORRIENTE de fe y amor eclesiales, no estamos solos nosotros, los aquí reunidos. A través de esa admirable y misteriosa vinculación en el Cuerpo místico de Cristo, sentimos la presencia de vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles. Ellos con el objetivo de nuestros comunes desvelos y así se ha manifestado, tanto en los coloquios individuales con cada uno de vosotros, como en este encuentro colectivo.

Perseverar en la fe, no desfallecer en la esperanza, consolidarse en la caridad

LLEVAD A CADA UNO de los miembros de vuestra grey mi saludo más cordial en el amor de Cristo, mi aliento a perseverar en la firmeza de la fe, mi exhortación a no desfallecer en la esperanza, mi ruego de consolidarse en el vínculo de la caridad fraterna. Les anime en sus trabajos y en su peregrinar cotidiano la gracia del Espíritu y la oración constante del Papa, para que sean testigos vivos de la resurrección de Cristo y generosos artífices del Reino de Dios en sus respectivos campos de actividad.

De ENTRE LAS MULTIPLES preocupaciones que ocupan vuestro ánimo de Pastores, sé que hay una que tiene lugar preeminente: el problema de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Se trata, en efecto, de un tema importantísimo para toda la Iglesia, para Colombia y en particular para vuestras cuatro provincias eclesiásticas. Quiero confiaros que es éste uno de los puntos al que el Papa presta especial atención, dada la repercusión enorme que tiene en la marcha general de la Iglesia, para el presente y para el futuro.

Sacerdotes para evangelizar el mundo

CONVENCIDO DE ELLO, quiero daros como encargo personal lo que indiqué en mi discurso de apertura de los trabajos de la Conferencia de Puebla: que pongáis entre vuestras tareas pastorales prioritarias el cuidado de las vocaciones. Es algo vital, imprescindible, porque mal podría ser eficazmente evangelizadora una Iglesia a la que faltaran los agentes calificados, estables y totalmente dedicados a ese ministerio.

ES CIERTO que todos los miembros de la comunidad eclesial, incluídos los seglares —cuya ayuda hay que apreciar y potenciar en todo lo posible—, deben participar en virtud de su propia vocación cristiana, en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Pero ellos no pueden suplir la presencia insustituible del ministro consagrado o del alma llamada a una específica entrega eclesial. Más aún: la verdadera madurez del laicado católico no podrá menos de reflejarse también en una apertura práctica a la vida consagrada en plenitud.

Pastoral vocacional

EN VUESTRA SOLICITUD por las vocaciones es necesario que atendáis a una triple vertiente: la búsqueda diligente de esas vocaciones, la adecuada preparación de las mismas y el cuidado de su perseverancia. Será para ello oportuno implantar una pastoral vocacional bien estudiada que preste esmerada atención a las familias, a la escuela, a la juventud, a los movimientos de apostolado, centros vitales en los que, si están saturados de fe y buenas costumbres, germinan tantas decisiones de entrega al servicio de Dios y del prójimo.

NO CONSIDEREIS, por ello, superfluo o apostólicamente menos rentable dedicar a esa labor sacerdotes bien preparados y de gran espíritu, que atiendan preferentemente a ese sector, dentro de unos buenos planes vocacionales diocesanos y aún nacionales a los que sé prestáis esmerada atención. E interesad en ello a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos.

Los Seminarios y casas de formación religiosa

NO MENOR CUIDADO deberán mereceros los seminarios y casas de formación religiosa que —como indicado en diversas ocasiones, bien recientes, por la Santa Sede— deberán ser siempre centro de preparación de equilibradas personalidades humanas, con toda la sana apertura que requiere el momento actual, con una sólida base espiritual, moral e intelectual con capacidad de vida disciplinada y espíritu de sacrificio. Sin ello no puede construirse la estructura interior de una vocación para la Iglesia y el mundo de hoy. Sin olvidar nunca un presupuesto básico: si presentamos ideales desvalorizados, son los propios jóvenes los primeros en rechazarlos, por no descubrir en ellos un marco en el que volcar toda su generosidad y ansia de entrega.

NO DEJEIS tampoco sin el debido cuidado la pastoral de las vocaciones adultas, que en ciertos ambientes y también en Colombia son un fenómeno cada vez más frecuente y prometedor.

La perseverancia de los elegidos

FINALMENTE, atended con gran diligencia a la perseverancia de quienes viven ya su consagración total. No temáis en consumir en ello vuestro tiempo y energías mejores. En la línea indicada en mi reciente Carta a los obis-

pos, con ocasión del Jueves Santo, sed ante todo los verdaderos amigos y sostenedores, con vuestra palabra y con vuestro luminoso ejemplo, de los sacerdotes y almas consagradas. Sea vuestra vida y esfuerzo una preciosa ayuda en espíritu de fraterno servicio, para mantener en ellos la conciencia clara de su propia identidad de elegidos.

AMADOS HERMANOS: He aquí algunas líneas maestras, a completar con vuestro celo y creatividad de Pastores.

SEA MI ULTIMA PALABRA un fraterno llamado a la esperanza y a la oración al Dueño de la mies, que no nos abandona. Que El haga fructificar vuestros esfuerzos. María, Madre nuestra, os acompañe siempre. Como os acompaña mi plegaria por vosotros y cada miembro de vuestras comunidades eclesiales, mientras a todos bendigo con especial afecto.

* * *

24/IX/79

O.R. 30/IX/79 pags. 2 y 11

Visita "Ad Limina Apostolorum" de un grupo de Obispos de Argentina

EL ESFUERZO EVANGELIZADOR DE TODA LA COMUNIDAD CRISTIANA EN TORNO A LOS OBISPOS, MAESTROS Y PASTORES DE LA FE

Venerables hermanos en el Episcopado:

Doy gracias a Dios, porque me ha permitido encontrarme con vosotros y otros obispos de Argentina, venidos a Roma para la visita *ad Limina*, y así ir conociendo mejor la realidad del trabajo evangelizador en aquellas tierras lejanas geográficamente, pero muy cercanas a mi corazón.

Cristo y el hombre

En este encuentro colectivo deseo reflexionar con vosotros acerca de algunos puntos que exigen de modo más particular vuestra dedicación como Maestros y Pastores de la fe, y que a la vez comprometen el esfuerzo de toda la comunidad cristiana.

Al iniciar la reciente Conferencia de Puebla, señalé concretamente lo que constituye el núcleo fundamental de la evangelización y cómo es deber principal de los obispos ser maestros y testigos de la verdad que viene de Dios: Verdad sobre Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios, que se hace hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios (discurso inaugural, I,5). Pero verdad que llega al hombre por medio de la Iglesia, convocada e instituida por el mismo Señor para ser comunión de vida, de caridad y de verdad (ib., I,6) en su sagrado magisterio. Y finalmente mostrar así al hombre el principio y fundamento de su dignidad y sus derechos. A este respecto quiero decirles que me complazco de los esfuerzos que realizáis por ser fieles a este programa y al deber que tenéis para con las almas confiadas a vuestra responsabilidad pastoral.

Las vocaciones sacerdotales y religiosas

Hoy deseo, sin embargo, referirme más específicamente a dos puntos que usted, señor cardenal, acaba de

mencionar en las palabras que ha apenas pronunciado. El primero es el de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Este año, con ocasión del Jueves Santo, dirigí a los obispos y sacerdotes dos cartas, para insistir en la necesidad de fundamentar la propia identidad sacerdotal y dar al mundo el testimonio de una clara consagración a Dios. Al conocer ahora la alentadora realidad del resurgimiento vocacional en vuestras diócesis, vuelvo a señalar la importancia prioritaria del cuidado pastoral que requieren, por una parte, la promoción de las vocaciones de los jóvenes y adolescentes y la formación de los seminaristas y aspirantes a la vida religiosa; y por otra la continua renovación espiritual de los sacerdotes.

El sacerdocio cristiano no tiene sentido fuera de Cristo. La enseñanza tradicional nos repite constantemente: "sacerdos alter Christus", y lo hace marcando no un sentido paralelo, sino indicando cómo Cristo se hace presente en cada sacerdote y cómo el sacerdote obra "in persona Christi". Cómo será posible esta realidad, si no existe una correspondencia entre aquella identidad misteriosa con Cristo y la identidad personal que se logra por la aceptación efectiva de cada sacerdote? Y cómo podremos llegar a Cristo si el Padre no nos atrae? Por ello, la oración debe llenar la vida del sacerdote: oración personal, que si bien debe expresarse eminentemente a través de la Sagrada Liturgia, habrá de estar alimentada con un continuo recurso a las Sagradas Escrituras a la luz del Magisterio de la Iglesia. La participación cotidiana en la Eucaristía sellará este contacto íntimo e insustituible con el Señor.

Se requiere también obviamente, en el sacerdote un esfuerzo de estudio y búsqueda en las fuentes y expresiones de ese mismo Magisterio de la Iglesia, con el prudente complemento de las ciencias profanas, para tener una más

adecuada disponibilidad al servicio del Señor en favor de los hombres.

El sacerdocio cristiano

Por otra parte, la identidad auténtica del sacerdocio importa un sometimiento humilde y el uso de la inteligencia y dotes naturales para conocer y aceptar los caminos de Dios, abandonándose confiados a su plan de salvación. Sólo bajo la acción de la gracia se va llegando a la sabiduría —don del Espíritu Santo— por la cual el sacerdote tiene la visión trascendente de la vida humana, adquiere el verdadero sentido de las cosas, y saca de los principios de la fe las conclusiones que dirijan a cada hombre, en cada situación, por los caminos de la Verdad y de la Vida.

No han faltado en Argentina ejemplares sacerdotes y religiosos, que dieron y dan testimonio de fidelidad y entrega en la propia consagración a Cristo y a la Iglesia. Por ello renuevo mi confiada exhortación a vuestros sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas, a proseguir con generosidad en su vocación.

Las asociaciones laicales

El segundo punto al que quiero hacer referencia es el de las asociaciones laicales y en especial a la Acción Católica. Es necesaria la actividad apostólica organizada a nivel de los fieles; con estructuras adecuadas a las condiciones de nuestro tiempo, y que a la vez reflejen y coordinen la actividad de las parroquias y comunidades eclesiales, insertándolas en la pastoral del obispo y de la jerarquía de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II ha presentado la grandeza de la vocación de los laicos, que por su presencia y actividad

en el orden de las cosas temporales deben ser un testimonio vivo de fe. Ha mostrado también que ese testimonio puede ser un apostolado individual y personal, pero ha señalado claramente las condiciones del apostolado organizado, que corresponden a la índole social del hombre, y ha especificado su íntima relación con el apostolado propio de la jerarquía (*Christus Dominus*, 33).

La Acción Católica

Por lo que se refiere más concretamente a la Acción Católica más allá de las actividades de índole exclusivamente temporal o de sola asistencia social, ella lleva a sus asociados a una conciencia profunda de su vocación apostólica en la propia condición laical. Como justamente enseña el Concilio Vaticano II, “La Iglesia no está perfectamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombre, en tanto no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho” (*Ad gentes*, 21).

El Año Mariano en Argentina

Por ello, al hacer mío lo que Pablo VI indicaba a los obispos argentinos: “Deseamos que nuestros hermanos en el Episcopado y también los sacerdotes vean en la Acción Católica una colaboradora indispensable del ministerio, como signo y prenda de la presencia viva del laicado en la comunicación de la gracia redentora del Señor” (Carta al Episcopado argentino, 12.6.77), quiero reiterar cuanto dije a los jóvenes de la Acción Católica italiana el pasado 26 de mayo, sobre la necesidad y compromiso de “recibir el mensaje de Jesús y pasarlo a los demás”, para que conceda a los miembros de la Acción Católica y asociaciones apostólicas, serenidad de espíritu nobleza de alma y cohe-

rencia a toda prueba en el testimonio evangélico dentro del ambiente en el que están llamados a vivir y actuar. Será necesario saber escuchar, profundizar, descubrir, vivir lo que se ha "recibido". Y lo que se ha recibido no debe quedar inerte en cada uno, sino que debe ser entregado, comunicado a los otros, como hicieron los Apóstoles, que se esparcieron por el mundo para comunicar y anunciar a todas las gentes el mensaje de salvación recibido de su Maestro (Cf L'Osservatore Romano, 28-29 mayo 1979). A cuantos trabajan en ese campo, quiero expresar mi estima, alabanza y aliento.

Queridos hermanos en el Episcopado: he deseado comunicar con vosotros estas reflexiones. Os agradezco vuestra generosa entrega eclesial y os animo a no desfallecer en vuestros trabajos apostólicos. Al volver a vuestras diócesis, pensad que el Sucesor de Pedro, a quien visitasteis en Roma, os acompaña con su oración y su afecto en la solitud pastoral de cada día.

Comenzáis ahora el Año Mariano Nacional. Que la Virgen, "mediadora ante el Mediador", os obtenga la gracia de crecer con vuestros fieles y todo el pueblo argentino en el conocimiento de la verdad, para que tengáis la Vida, el amor y la paz. Con estos deseos, lleváos mi bendición, que extiende a todos vuestros diocesanos y al pueblo argentino en general.

* * *

Visita "ad Limina" de un grupo de Obispos de Colombia

**HACER MAS INTENSA LA LABOR DE
EVANGELIZACION PARA MOSTRAR AL MUNDO LA
MISION ESPECIFICA DE LA IGLESIA:**

ENRAIZAR EN CRISTO A TODOS LOS HOMBRES

Amadísimos hermanos en el Episcopado:

Me alegro de estar hoy con vosotros en este encuentro colegial con el que culmina vuestra visita "ad Limina", después de haber escuchado y haber hablado personalmente con cada uno en sucesivas audiencias. Y tal como lo siento, quiero deciros, con palabras del Apóstol San Pablo, algo que me sale del corazón: "Doy continuamente gracias a Dios por la gracia que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, porque en él habéis sido enriquecidos en todo..." (1 Cor 1,4 ss).

Pastores y Maestros del Pueblo de Dios

Digo esto no para halagar en vano vuestros sentimientos de Pastores de la Iglesia, celosos y diligentes cual sois en la guía cuidadosa de vuestra grey respectiva. Lo hago sencillamente para expresar mi sincera confianza en vuestro quehacer apostólico, ante todo el de usted señor Cardenal, y también el de todos los hermanos aquí presentes, y afianzaros en vuestros ánimos, conforme al mandato de Cristo: "Confirma a tus hermanos" (Lc 22,32); todo ello, a impulsos de aquella caridad indeclinable que, confesada

con voz sumisa por Pedro, confiere un perfil característico a quien, por voluntad del Señor resucitado, ha de “apacentar sus ovejas” (cf Jn 21,15 ss).

En esta misma caridad, que es vínculo de unidad en la gloria, deseo también abrazar y rendir homenaje a vuestras comunidades diocesanas. Durante estos días ellas han estado particularmente presentes en mi pastoral “solicitud por todas las Iglesias” (2 Cor 11,28); una solicitud compartida con vosotros, a quienes quiero hacer partícipes de mi honda satisfacción, ya que estoy contento de “ver vuestro buen concierto y la firmeza de vuestra fe en Cristo...; andad pues en él, arraigados y contruídos en él, corroborados por la fe, según la doctrina que habéis recibido...” (Col. 2, 5 ss).

Unión en la caridad, fe firme y esperanzada en Cristo: he ahí una expresión cumplida de vitalidad eclesial para quienes de veras han echado raíces en Cristo y se sienten edificados sobre Él. A todo esto va dirigida asimismo vuestra misión primordial de maestros, evangelizadores del Pueblo de Dios, según la doctrina recibida en depósito.

1. No faltarán quienes, con una actitud de crítica fácil, piensen que esta comunidad de fe en Cristo viviría talmente desfasada, en medio de una sociedad movida por incentivos meramente terrenos y volcada hacia el aprovechamiento y disfrute, incluso justos y honestos, de los bienes materiales; ellos pretenden reducir el Evangelio a una doctrina entre tantas de índole humanitaria que puede servir muy bien de coartada para evadirse de acuciantes problemas humanos y sociales de nuestro tiempo; los mismos Pastores —al igual que las personas consagradas y los seglares inmersos en el apostolado— son tenidos por gente necia al predicar una esperanza (Cf 1 Cor 1, 18ss), que no

se aviene fácilmente con las ganancias de este mundo.

Consiguientemente, se vería con agrado que las comunidades cristianas emprendiesen otras vías de salvación y se alieneasen prioritariamente en favor del compromiso político-social, en aras de una pretendida interpretación auténtica de la doctrina evangélica que, además de “silenciar la divinidad de Cristo, pretende mostrar al mismo como comprometido en política, como un luchador contra la dominación romana y los poderes e incluso implicado en la lucha de clases” (*Discurso inaugural de los trabajos de la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, I,4*).

Vivir en comunión con el Magisterio y con las orientaciones emanadas de la jerarquía eclesiástica

2. Amadísimos hermanos: Quiero repetir aquí algo que ya tuve ocasión de decir en Puebla ante la Asamblea del Episcopado Latinoamericano: como Pastores de la Iglesia, tengamos conciencia de ser maestros de la verdad: esto es lo que los fieles van buscando en nosotros, cuando les anunciamos la Buena Nueva (cf. ib., I,1). La fe en Cristo que sustenta la vida eclesial, lo sabéis muy bien, no es fruto de invención humana ni tampoco el resultado de entusiasmos o de experiencias de grupo. Nosotros predicamos al Hijo de Dios hecho hombre, en su cruz “escándalo para los judíos y locura para los gentiles, mas poder y sabiduría para los llamados...” (cf 1 Cor 1,23). Hacia esa sabiduría divina, que en la persona de Cristo asume la debilidad y el dolor humanos, converge el misterio cristiano de la creación y de la historia, y en ella se revela el misterio último del hombre y de su destino. Se hace pues necesaria una apertura a la verdad revelada para entender el sentido de lo creado, que no es fruto de fuerzas

naturales o de programaciones humanas, sino obra de un plan de Dios, en el que destacan sus designios de amor hacia el hombre. Puede suceder desafortunadamente que el mundo no reconozca este sentido, que los hombres no acepten esta luz esperanzadora; pero es cierto que Cristo es esa luz y que cuantos lo reciben llegarán a ser hijos de Dios (cf Jn 1,9 ss).

Ya veis cuán apremiante se hace una más intensa labor de evangelización, que dé paso a la luz verdadera para mostrar al mundo la misión específica de la Iglesia: enraizar en Cristo a todos los hombres. En cuanto comunidad de fieles, la Iglesia ha de ser siempre solidaria ante Dios con todo lo humano; en cuanto "sacramentum salutis" ha de hacerse cargo de la Buena Nueva de salvación para comunicarla y actuarla en todos los hombres (cf Vaticano II, Gaudium et spes, 1). Para poder cumplir adecuadamente esa tarea es necesario que sacerdotes, religiosos y fieles vivan en comunión con el Magisterio y con las orientaciones emanadas de la Jerarquía eclesiástica.

Llenarse de Cristo para presentarlo límpido al mundo

3. Con esto, amadísimos hermanos, me he propuesto poner de relieve lo que es la médula de nuestro ministerio: hacer Iglesia "anunciando sin temor la Palabra de Dios" (Cf Fil 1,14), proclamando a Cristo, libre de encadenamientos humanos de sabor sociológico, político o psicológico (cf Homilía en la catedral de Santo Domingo), conscientes de ser —y aquí mi pensamiento se dirige también confiado a los sacerdotes y almas consagradas— "compañeros y ayudadores", que sirven a Dios en la obra de la santificación del género humano, mediante la solícita administración de los sacramentos y rectores del Pueblo de Dios (cf Dec. *Presbyterorum ordinis*). Tenemos pues

que llenarnos más y más de Cristo para poder presentarlo límpido al mundo, para dar credibilidad a nuestro anuncio ante quienes lo buscan con sincero corazón; para que nuestras acciones por la justicia en favor de los pobres y oprimidos tengan el respaldo de una ofrenda personal, a ejemplo de quien nos amó hasta la muerte y nos dio nueva vida (Plegaria Eucarística IV).

Termino con unas palabras de San Pablo que me gustaría fuesen de verdad el móvil que resumiera nuestra vida y nuestras tareas ministeriales: "Únicamente portaos de manera digna del Evangelio de Cristo para que, sea que yo vaya y os vea, sea que me quede ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, luchando a una por la fe del Evangelio..." (Fil 1,27 ss).

Al daros mi "hasta siempre", os encargo que, en el profundo amor de Cristo, saludéis a vuestros sacerdotes, seminaristas, religiosos y laicos, en nombre del Papa, quien a todos ama, por todos ruega, a todos bendice.

* * *

25/IX/79

O.R. 7/X/79 pag. 2

Visita "Ad Limina Apostolorum" de los Obispos del Paraguay

LA EVANGELIZACION DEL PUEBLO DE DIOS

Venerables hermanos en el Episcopado.

Bendito sea el Señor, que me permite este encuentro fraterno con vosotros, los Pastores de la Iglesia en Paraguay,

venidos a Roma para "ver a Pedro", hacerle partícipe de vuestras alegrías y de vuestra solicitud en la evangelización del Pueblo de Dios a vosotros encomendado, y fortalecer los vínculos de caridad entre vuestras respectivas sedes y la del Sucesor de Pedro.

Comunión fraterna

Estos momentos de comunión revitalizada que pasamos juntos, después del encuentro individual tenido con cada uno de vosotros, me ofrece la oportunidad de dar gracias a Dios por la concordia que reina entre vosotros y que se irradia benéficamente en el contacto con vuestros sacerdotes, con los otros agentes de la pastoral, sobre todo religiosos, y con los fieles. Os expreso por ello mi complacencia y pido al Señor que, como fruto de este encuentro con quien ha sido puesto como centro y garantía de comunión con Cristo, vuestra unidad de sentimientos y voluntades se vea perfeccionada y robustecida para bien de la Iglesia en vuestro país.

Si mantenéis esa comunión fraterna, vosotros y vuestras comunidades cristianas, podréis afrontar con mayor facilidad y provecho los retos que se os imponen en el momento actual y que se traslucen de las relaciones que habéis presentado para esta visita *ad Limina*.

Moralización de la vida pública

Sé que uno de los puntos que más os preocupa en vuestra tarea pastoral es el de la moralización de la vida pública, familiar e individual. A ello estáis dedicando vuestros esfuerzos personales y también como Conferencia Episcopal. Sabed que estoy con vosotros y aliento este vuestro trabajo, encaminado a preservar, restablecer y

consolidar el sentido moral en las conciencias, para que la ley de Dios y la honestidad rijan las relaciones sociales y familiares, así como el comportamiento privado de las personas.

Es un capítulo de suma importancia, ya que sin cultivo práctico de los valores de una auténtica integridad moral se desmoronan las bases sólidas de la convivencia y se degrada el tenor de la vida de los ciudadanos.

Familia, juventud y vocaciones

Particular atención deberéis seguir prestando a una adecuada pastoral familiar, garantía de eficacia para conseguir una recta conducta en vuestros fieles. Es bien sabido, en efecto, que donde la familia es sana, toda la sociedad recibe su benéfico influjo. Precisamente de una reconocida carencia de valores, genuinamente humanos y cristianos, derivan tantos de los males que aquejan a la juventud de hoy. Es otro de los capítulos, el de la juventud, al que sé queréis dedicar ulteriores cuidados especiales, porque de ello depende el futuro de la Iglesia como el de la sociedad.

Finalmente, unas palabras acerca de otro punto que ocupa puesto destacado en vuestras preocupaciones: el problema de las vocaciones a la vida consagrada. Conozco la situación de penuria de sacerdotes, sobre todo nativos, que sufren vuestras Iglesias. Pero junto a ello me alegra notar el prometedor aumento de vocaciones que se va percibiendo ahora. Si en todas las facetas de la evangelización debéis comprometeros generosamente vosotros y vuestras comunidades cristianas, es en la búsqueda, en la esmerada preparación y en el esfuerzo por la perseverancia de las vocaciones, en lo que os pido agotéis vuestras mejores ener-

gías. Vale la pena consagrar a ello toda solicitud y desvelo. Hacedlo vosotros y pedid a las almas consagradas —sobre todo a las de vida contemplativa—, así como a los seglares de mayor sensibilidad espiritual, que pidan al dueño de la mies que mande obreros a ella.

Fidelidad a Cristo y a la Iglesia

Amados hermanos: Estas reflexiones sobre temas tan importantes para vuestras comunidades brotan del amor que nos vincula a cada miembro de las mismas. Al volver a vuestras sedes, decid sobre todo a los sacerdotes y a las almas consagradas que el Papa los alienta en su fidelidad a Cristo y a su Iglesia, y los tiene presentes en la plegaria cotidiana. Que la Virgen de Caacupé os asista en vuestros esfuerzos, os consuele y os conduzca a su Hijo, el Salvador.

Con gran afecto, os doy mi bendición, que os ruego transmitáis a todos vuestros diocesanos.

* * *

13/X/79

O.R. 21/X/79 pags. 2 y 4

Visita "Ad Limina Apostolorum" de los obispos de Chile

SACERDOTES PARA EVANGELIZAR A LOS

HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO

El contacto del Pastor de la Iglesia universal con los Pastores de las Iglesias locales

Señor cardenal,

Venerables y queridos hermanos en el Episcopado:

Siento inmenso gozo al recibirlos hoy, obispos de la Iglesia en Chile. Sé que con no pocos sacrificios habéis emprendido este largo viaje "*Beatorum Apostolorum sepulchra veneraturi*" (CIC, c. 341, 1), y, como tan adecuadamente lo ha expresado el Presidente de vuestra Conferencia Episcopal, para confirmar vuestra filial adhesión y estrecha comunión con el Sumo Pontífice, Pastor de la Iglesia romana: "Ad hanc enim Ecclesiam, propter potiore principatam, necesse est omnem convenire Ecclesiam" (*Iren. Adv. Haer. III, 3,2*).

No es éste un encuentro esporádico. El contacto del Pastor de la Iglesia universal con los Pastores de las Iglesias locales es una realidad permanente, por el vínculo interior de la oración y de la unidad en la fe, esperanza y caridad, como también a través de los representantes del Romano Pontífice en cada nación y de los organismos de la Curia, que trabajan en su nombre y con su autoridad para bien de las Iglesias y al servicio de sus responsables (*Cf. Christus Dominus, 9*).

Pero el encontrarnos aquí reunidos personalmente en el nombre de Cristo, es un momento privilegiado. Me alegra mucho, en verdad, que vuestra visita ad limina se desarrolle colectivamente, en cierto modo como manifestación y anhelo de la unidad de vuestras almas, y me complazco vivamente que pueda veros después de vuestra peregrinación a Tierra Santa, mientras intuyo las impresiones recogidas por vosotros recorriendo en oración los lugares santificados por Jesús, Fundador de la Iglesia.

Conozco bien vuestra abnegada y eficiente labor, la incansable solicitud de vuestra Conferencia Episcopal, y el plan pastoral sobre "La conducta humana", del cual, como de raíces hondas, brotan orientaciones precisas para una renovación espiritual y religiosa, profunda y completa, del Pueblo de Dios confiado a vosotros.

Mantener y acrecentar la presencia de Dios en el mundo

Como una modesta contribución a vuestras tareas pastorales, a vuestros anhelos y esfuerzos, quisiera referirme a dos temas que tienen especial importancia en el ejercicio de vuestra misión en el momento presente: la evangelización y las vocaciones.

La evangelización es tarea permanente y esencial del ministerio episcopal. "Para la Iglesia —decía ya nuestro amado predecesor Pablo VI—, evangelizar es llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde adentro, renovar a la humanidad misma: *He aquí que hago nuevas todas las cosas*" (*Evangelii Nuntiandi*, 18). "No hay verdadera evangelización mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios" (ib., 22).

San Mateo parece interrumpir bruscamente su Evangelio para terminarlo con el envío de los Apóstoles al mundo: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación de los siglos" (Mt 28, 18-20).

Encomiendo encarecidamente este texto a vuestra

meditación. ¡Cuánta importancia atribuye Cristo a la misión de los Apóstoles, dado que para realizarla hace referencia a la plenitud de poder que ha recibido sobre todo lo creado! El os transmite a vosotros, sucesores de los Apóstoles, el mismo mandato de anunciarle a El como Salvador, de provocar la conversión y adhesión a El mismo y de incorporar, finalmente, a todos a la comunidad en la cual se mantenga y acreciente la presencia de Dios en el mundo.

Seguir las huellas de Cristo, Buen Pastor

El Señor no quiere que el anuncio esté exclusivamente dirigido a la inteligencia, como una doctrina teórica, ya que debe conducir a la profunda unidad de fe y vida en el quehacer cotidiano personal y social, nacional e internacional. Esto no se logra sin sacrificio, sin un gran esmero para aplicar la palabra eterna a las circunstancias concretas, y mostrándoos vosotros mismos testigos vivientes del mensaje evangélico.

Vuestra misión está en seguir las huellas de Cristo, Buen Pastor. No sois ni un simposio de expertos, ni un parlamento de políticos, ni un congreso de científicos o técnicos, sino que sois Pastores de la Iglesia a los cuales corresponde, como recordé en la memorable reunión del Episcopado Latinoamericano en Puebla, ser maestros de la verdad, signos constructores de la unidad y defensores y promotores de la dignidad del hombre (*cf discurso inaugural, passim*). Así podréis contribuir a la instauración de un orden cada vez más cristiano y, por lo mismo, cada vez más justo.

En vuestras tareas deberéis dirigiros a todos los hombres, sin excepción, tanto a los que ya caminan en la fe,

como a los ajenos a ella, a los pobres y a los ricos, a obreros y profesionales, a sanos y a enfermos, como lo hizo el Maestro. Por el bien de todos, especialmente de los más necesitados, será vuestra atenta solicitud iluminar a los que actúan en el campo de la cultura, de la ciencia, de la técnica, a los que tienen una mayor responsabilidad por el bien común, para que la luz del Evangelio vivificante dirija y promueva ese progreso integral que, sin ella, se vuelve finalmente contra el hombre.

La defensa de la dignidad y el progreso integral del hombre

Por lo que se refiere en particular a la salvaguardia de la dignidad del hombre, de sus derechos y de sus deberes como ya tuve ocasión de expresar en otra oportunidad, “se inspiren vuestros propósitos en los principios del Evangelio, bajo la guía del Magisterio de la Iglesia, mirando a Cristo Hombre, modelo, maestro y redentor de sus hermanos”. Con renovada “confianza y esperanza os exhorto a un adecuado empeño de iluminación, sobre todo insistiendo en el amor, indispensable fundamento de la comunión eclesial y de la convivencia humana, en la perspectiva del fin trascendente del hombre, hijo de Dios. De este modo, también en este campo de tanta importancia, la Iglesia aparecerá como signo de salvación y sacramento de unidad para todos” (cf *Lumen gentium*, 48).

La Pastoral vocacional

Campo esencialmente vital para vuestras Iglesias es el de la pastoral vocacional. Muchas de vuestras diócesis, debido a la escasez de sacerdotes, recurren a una ayuda del exterior. Es una colaboración valiosísima, pero precaria: la comunidad diocesana, para su maduración orgánica ha de

engendrar en su propio seno las fuerzas vitales que sean adecuadamente suficientes para el progreso espiritual de los fieles. Por esto doy gracias a Dios y bendigo vuestros valiosos esfuerzos en este sector y observo con inmensa alegría el prometedor incremento en Chile de las vocaciones sacerdotales: anuncio de una nueva primavera en vuestras Iglesias.

Obviamente el problema va más allá del simple aumento numérico de los candidatos; comprende también su sólida formación y ulterior seguimiento durante sus actividades sacerdotales. Es preciso aclarar que ésta no es tarea individual y aislada de cada uno de vosotros, pues las vocaciones se forman al servicio de la Iglesia. Por ello tendréis presente el contexto nacional, las exigencias del presente y las del futuro, y actuar en todo de común acuerdo con los demás prelados, especialmente con los de la propia provincia eclesiástica. Prestaréis también la debida atención a los documentos difundidos por la Sagrada Congregación para la **Educación Católica** referente a la formación de los aspirante al sacerdocio: en ellos encontraréis directrices seguras.

La adecuada formación de los seminaristas

El sacerdote es, además el pontífice “tomado de entre los hombres, en favor de los hombres e instituido para las cosas que miran a Dios para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él está también rodeado de flaqueza, y a causa de ella debe por sí mismo ofrecer sacrificios por los pecados, igual que por el pueblo” (Heb 5, 1-3).

Por ello el sacerdote es el hombre de oración, el litur-

go que conduce a la comunidad a rendir a Dios el culto de toda la Iglesia, culto digno, universal, de incomparable belleza. Los seminaristas deben ser formados teórica y prácticamente para que se asegure en el futuro la genuina renovación litúrgica, en la cual se expresa una de las más insistentes recomendaciones del Concilio y de la Santa Sede.

Es necesario, sobre todo, que ya desde el seminario los futuros sacerdotes vayan siendo formados de manera que tengan una conciencia tan clara acerca de su misión específica, que la tentación de la eficacia no los lleve más tarde a asumir métodos reñidos con el Evangelio, fundados en principios puramente humanos y orientados a metas meramente temporales.

La unidad eclesial en torno al Sucesor de Pedro

Está claro que la formación del sacerdote se funda en una sólida eclesiología, partiendo de la persona de Cristo, tal como es presentada en el Evangelio, excluyendo sus inconsistentes relecturas. Lo he dicho en Puebla, y por su importancia deseo reiterarlo a vosotros: Nuestro deber es proclamar la liberación en el sentido integral y profundo, como la anunció Jesucristo, la liberación de todo lo que oprime al hombre, pero sobre todo del pecado: "Si la Iglesia se hace presente en la defensa o en la promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aun siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de considerar al hombre en la integridad de su ser" (*Discurso inaugural, III, 2*).

Muchos esfuerzos valiosos realizados en los seminarios se pierden a veces por un descuido posterior. Seguid, pues, de cerca a vuestros sacerdotes con solicitud y confianza, con amor de padres para que, a la medida que

se van integrando al apostolado, puedan ser vuestros valiosos y fieles colaboradores.

Este amplio campo que os he recordado, más aún, toda la acción pastoral encuentra en vosotros, como lo enseña el Vaticano II, el principio y fundamento visible de la unidad de la Iglesia particular (*cf Lumen gentium, 23*).

La unidad de vuestras Iglesias se construye en torno a cada uno de vosotros y en torno a todos vosotros, en comunión con el Sucesor de Pedro, en respuesta a la exhortación y la plegaria de Cristo (*cf Jn 17,22*), siguiendo la línea luminosamente trazada por el Concilio Vaticano II (*ib*).

La pacificación de los espíritus

Os aliento, pues, de la manera más encarecida a fin de que esta visita *ad Limina* constituya un renovado compromiso a continuar vuestra tarea evangelizadora en plena convergencia no sólo de intentos, sino también de métodos y de acción.

La unidad en la Iglesia no nace de formas externas, sino de una fuerza interior que arraiga en la verdad y en el bien. No se obtiene sin una lucha interior, no se consigue sin negación de sí mismo, no se alcanza si no es cuestionándose diariamente y aprendiendo a aceptar a los demás. "*Veritatem autem facientes in charitate crescite in Eo quo est caput Christus*" (Ef 4,15): Cristo ha de ser el inspirador y el centro de la unidad, así como, para lograrla, nos da la gracia a fin de realizarla en la plena medida que El desea.

Esa unidad eclesial, fruto del encuentro en Cristo, será a la vez la gran fuerza que os anime y sostenga en la generosa entrega a la obra de pacificación de los espíritus, por encima de cualquier límite o barrera. A este propósito quiero manifestaros mi complacencia por el decidido apoyo que habéis prestado a la causa de la paz entre nuestro país y Argentina, causa a la que yo he dedicado y dedico particular solicitud, como bien sabéis. Continúa con el ejemplo, la palabra y la oración, trabajando en esa hermosa tarea de fraternidad entre hombres y pueblos que se reconocen como hijos del mismo Padre.

A María, Madre de la Iglesia, encomendamos la unidad de los Pastores y de los fieles: a Ella, Madre y Reina de Chile.

El Señor os guiará y sostendrá en vuestra misión. Yo, en su nombre, con especial afecto y como signo de comunión, os bendigo: a vosotros, Obispos y Pastores del Señor, a vuestros sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, a vuestros seminaristas y ministros, y a todos vuestros fieles: ¡por todos rezo, por todos vivo!

* * *

20/X/79

O.R. 28/X/79 pags. 2 y 15

Visita "ad Limina Apostolorum" de los Obispos del Perú

**ANUNCIAR EL MENSAJE DE SALVACION Y LLEVAR
A TODOS LOS FIELES A LA MADUREZ DE LA VIDA
DE CRISTO**

Discurso de Juan Pablo II

Señor Cardenal,

amadísimos hermanos en el Episcopado:

Con verdadero afecto fraterno os recibo en este encuentro colectivo, Pastores del Pueblo de Dios en Perú, después de haber entretenido con cada uno de vosotros, durante los días pasados, acerca de la situación en cada una de vuestras respectivas circunscripciones eclesísticas.

Pastores del Pueblo de Dios

1. A través de las relaciones que habéis presentado, y no obstante las diversas peculiaridades concretas que en ellas se descubren, he podido comprobar que la Iglesia en vuestro país ha cumplido y cumple fielmente su misión de anunciar el mensaje de salvación y hacer nacer una comunidad de vida nueva en Cristo.

Soy bien consciente de que ese anuncio del Evangelio no se realiza sin un esfuerzo considerable, debido a las no fáciles circunstancias ambientales en las que ha de desarrollarse. Por ello quiero manifestaros desde ahora, a vosotros, a vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y agentes todos de la pastoral, mi cordial aprecio y agradecimiento en nombre de Cristo, porque a pesar de las dificultades que frecuentemente entraña esa labor, dáis testimonio de una abnegada entrega a la Iglesia. Por ello quiero deciros con San Pedro: "Que la gracia y la paz os sean multiplicadas" (1 Pe 1,2).

Esa evangelización del Pueblo de Dios en la que estáis empeñados, es el gran cometido que se ofrece a vues-

tro celo de Pastores de la Iglesia. Dedicáis vuestros desvelos a una porción eclesial que recibió hace siglos el primer anuncio de la fe, gracias a un laudable esfuerzo misionero. Aquella siembra ha ido echando raíces y produciendo frutos preciosos, que han dejado huellas en la cultura, la historia, la vida toda de vuestro pueblo.

Sin embargo, vuestra solicitud pastoral os indica que hay que continuar en esa misión; que hay que extenderla y robustecerla, para que la fe profundice siempre más en vuestros fieles y, elevándolos por encima de cuanto es imperfecto, los lleve a la madurez de la vida en Cristo.

Tarea larga, que reclama buena planificación y ejecución perseverante, en la que hay que emplear todas las fuerzas eclesiales, las ya disponibles y las que un amor ilimitado a las almas logre suscitar. Sólo con esa evangelización en profundidad se lograrán las metas que deseáis para la renovación y vitalidad verdaderas de vuestras Iglesias.

Maestros de la verdad

2. En la comunidad de los creyentes, a vosotros está confiada la guía de los fieles. Por ello, permitidme que como consigna de esta visita "ad Limina" os insista en la necesidad de ser "Maestros de la Verdad". De la verdad sobre Cristo, Hijo de Dios y Redentor del género humano; sobre la Iglesia y su verdadera misión en el mundo; sobre el hombre, su dignidad, sus exigencias terrenas y a la vez trascendentes, como expuse en el discurso pronunciado ante la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Puebla. Sé que tenéis conciencia de este deber, en armonía con la misión evangelizadora de la Iglesia y con los interrogantes que plantea nuestra época. Os aliento, pues, a proseguir en ese camino para que vuestros

sacerdotes y fieles recorran con alegría senderos seguros y bien definidos.

Como parte de vuestra misión de maestros, prestad también atención a la conveniente difusión del pensamiento social de la Iglesia, para que en la sociedad se aprenda a respetar esas indeclinables exigencias de justicia y equidad que tutelan a las personas, ante todo a las más necesitadas, en las diversas esferas de su existencia.

Sacerdotes para hacer presente a Jesús en la comunidad

3. Pensando en la necesidad urgente que tienen vuestras diócesis, y en la penuria de sacerdotes que las aqueja, os doy como encargo prioritario que trabajéis con todas las fuerzas en favor de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Se trata de un punto esencial para la comunidad cristiana. Es preciosa la ayuda que prestan en la pastoral los diáconos, religiosos no sacerdotes, religiosas, catequistas y otros fieles conscientes de su responsabilidad en la misión evangelizadora de la Iglesia, una ayuda que hay que apreciar en todo su valor y promover como un auténtico bien eclesial. Sin embargo, no podemos olvidar que Cristo se hace presente en cada comunidad sobre todo a través del sacerdote.

En vuestro esfuerzo por lograr verdaderos y suficientes ministros de Cristo, preferentemente nacidos en vuestro ambiente patrio, procurad que el sacerdote tenga clara conciencia de su identidad propia, viva intensamente la dimensión vertical de su existencia, sea el guía y educador en la fe, el padre de todos, en especial de los pobres, el valeroso servidor de la causa del Evangelio, el auténtico Pastor interesado en llevar a todos a Cristo, en liberar radicalmente al hombre ante todo de lo que le separa de Dios.

Viviendo vosotros muy cercanos a vuestros sacerdotes y condividiendo, con sincera amistad, sus alegrías y dificultades, ayudadles a permanecer en alegre comunión con su obispo y a evitar peligros e ideologías que pueden insinuarse en el ambiente, y que no están en consonancia con su misión y con las directrices del Magisterio.

4. Como Pastores de vuestros fieles, dedicad igualmente especial cuidado a la pastoral familiar. La familia, "Iglesia doméstica", sea objeto de vuestro particular interés en la tarea pastoral.

La familia, centro de interés pastoral

Contra los ataques externos a los que se los somete hoy, proponed y defended los valores genuinos de la familia y del matrimonio cristiano. Sólo manteniendo firmes esos valores, espirituales y humanos, la familia se consolida como célula social importantísima y, a la vez, como "primer ambiente evangelizador".

Vosotros que vivís en contacto con la situación familiar de vuestros respectivos ambientes, sabéis bien las necesidades que tienen y las asechanzas que amenazan a tantos hogares concretos. No os desentendáis nunca de su suerte e infundid en vuestros sacerdotes y agentes evangelizadores una gran estima por ese sector del apostolado, que tantos frutos obtiene y con el que tanto bien puede prodigarse.

La juventud, esperanza de América Latina

5. Otro tema de vivo interés y de gran importancia para la Iglesia es el de la juventud.

En el mundo latinoamericano prevalece el elemento joven. La juventud, en consecuencia, debe ocupar en vuestra pastoral un puesto primordial. La Iglesia, todos los que en ella se sienten responsables, no pueden dejar que la juventud se aleje de Cristo; es necesario estar con los jóvenes, darles ideales altos y nobles, manifestarles que Cristo tiene mucho que decirles. Jesús de Nazaret interesa al hombre y al joven de hoy, cuando lo sabemos presentar debidamente.

De entre las múltiples iniciativas que en ese campo os sugerirá vuestro celo de Pastores, quiero llamar vuestra atención sobre la importancia de la educación religiosa en la escuela. Ciertamente hay también otros ambientes en los que se puede atender a esa obligación, pero no podemos desaprovechar las oportunidades que se nos brindan y que corresponden además a los deseos expresos de tantos padres de familia. Sería lamentable que por inconsistentes motivos se descuidara ese sector de la pastoral.

Y sería aún más lamentable, si con excusas de apostolado que se creen más rentables, se abandonaran las posibilidades de educar personas completas, jóvenes integrales, que nos ofrecen las instituciones educativas de la Iglesia. Ciertamente ellas deberán ser reformadas —cuando sea necesario— para que respondan a finalidades evangélicas y de apertura a todos, pero no dejemos fácilmente instrumentos que tantos bienes, humanos, sociales y cristianos han producido, cuando los sabemos emplear adecuadamente. Es un importante servicio que podemos prestar a la sociedad y a la Iglesia actual.

6. Queridos hermanos: Me quedaría mucho más tiempo con vosotros, prolongando estos momentos de gozo y comunión. Esta visita "ad Limina Apostolorum" es una

muestra de vuestra cordial cercanía al Sucesor de Pedro. Que este encuentro confirme y consolide a la vez vuestra unión mutua como obispos y guías de la Iglesia en Perú. Con ello toda vuestra actuación ganará en intensidad y eficacia, lo cual redundará en bien de vuestras comunidades eclesiales.

En ellas hemos pensado también en estos días y por ellas hemos orado para que crezca en el conocimiento y en la fidelidad a Cristo. Para todos y cada uno de sus miembros, en especial para los sacerdotes, religiosos, diáconos y religiosas —a quienes acompaño con la plegaria en su difícil y meritoria labor—, para los seminaristas y seglares comprometidos en el apostolado, os dejo mi afectuoso recuerdo, mi aliento, mi bendición.

* * *

28/X/79

O.R. 4/X/79 pags. 2 y 16

Visita "ad Limina Apostolorum" de un grupo de Obispos de Argentina

ORIENTACIONES PARA UNA PASTORAL ORGANICA

DE LA FAMILIA

Discurso de Juan Pablo II

Recuerdo del Cardenal Caggiano

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. Doy gracias al Señor que me concede este deseado encuentro con vosotros, obispos de la Iglesia en Ar-

gentina. Es un encuentro cuyo gozo se ve ensombrecido por el reciente fallecimiento del cardenal Antonio Caggiano, que durante su larga vida ha dejado tantos ejemplos de virtud y obras tan fecundas.

Culmina hoy vuestra visita *ad Limina*, que viene a ser a la vez como un complemento a la que realizaron los otros prelados argentinos que os han precedido.

He podido así encontrarme personalmente con cada uno de vosotros y, a través de vosotros, con vuestros colaboradores: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de cada una de las diócesis de un país geográficamente lejano, pero muy cercano a mi corazón de Pastor de la Iglesia universal.

Deseo desde ahora expresaros mi gratitud y aprecio por vuestro empeño apostólico, y quiero deciros cuánto me complace el espíritu cristiano que se refleja en las comunidades eclesiales confiadas a vuestra responsabilidad.

Acción de conjunto hacia metas de alcance nacional

2. Sigo con especial interés la laudable solicitud con la que habéis ido poniendo en pie una pastoral orgánica de la familia, y miro con esperanza el pleno desarrollo del "Programa de acción pastoral *Matrimonio y Familia*", que vuestra Conferencia Episcopal —como acaba de recordar el Señor Arzobispo de Corrientes— ha puesto en marcha con carácter prioritario, desde hace algunos años para todas las Iglesias particulares de Argentina.

Me complace que, en vistas de este objetivo, hayáis podido llegar a una pastoral de conjunto, capaz de unir y valorizar las fuerzas apostólicas, a todos los niveles, haciéndolas confluir armónicamente hacia metas de alcan-

ce nacional. Así se contribuye eficazmente a ese feliz resultado que sólo la convergencia de propósitos, de acción y de métodos puede proporcionar en una obra tan trascendental como es la de formar y dirigir las familias en todo el ámbito de una vida verdaderamente cristiana.

3. Es también para mí motivo de alegría vuestra decisión de presentar a la Santísima Virgen María el fruto de vuestros trabajos en el Congreso Mariano Nacional, que celebraréis en Mendoza el año próximo. Estoy seguro de que será un fruto muy agradable al Señor, porque madurará bajo la asistencia de la Madre, cuya devoción os esforzáis por fomentar en vuestras comunidades eclesiales y en las familias, como una garantía para el éxito de vuestros intentos.

El Congreso Mariano de Mendoza

Os aliento a proseguir en el camino iniciado, con la mayor amplitud y profundidad posibles, ya que sus efectos benéficos se harán sentir tanto en la Iglesia como en la sociedad civil.

De esta manera iréis caminando por las sendas marcadas por el Concilio Vaticano II, que en sus documentos ha insistido en la importancia del matrimonio y de la familia (cf *Lumen gentium*, 11,41; *Gaudium et Spes*, 47,52; *Apostolicam actuositatem*, 11; *Gravissimum educationis momentum*, 3...). Es asimismo un tema al que yo me he referido en tantas ocasiones, en este primer año de pontificado.

La Doctrina de la Iglesia acerca del matrimonio y de la familia

4. Hablando a Obispos latinoamericanos, no quiero de-

jar de indicar que en el discurso inaugural de la Conferencia de Puebla señalé el tema de la familia como una de las tareas prioritarias a atender (IV, a). A ello dediqué, igualmente, mi homilía en el Seminario Palafoxiano. Encomiando a vuestra reflexión cuanto allí dije.

Es un preciso deber de los Pastores enseñar y defender la doctrina de la Iglesia acerca del matrimonio y de la institución familiar, para salvaguardar sus elementos constitutivos, sus exigencias y valores perennes.

Gracias a Dios, en vuestro pueblo se conserva muy arraigado el sentido de familia; pero no podemos desconocer que las tendencias permisivas de la sociedad moderna tienen un creciente impacto en ese vital sector, que la Iglesia debe tutelar con todas sus energías.

El matrimonio, sobre el que se basa la familia, es una comunidad de vida y de amor, instituída por el Creador para la continuación del género humano, y que tiene un destino no sólo terreno, sino también eterno (cf *Gaudium et Spes*, 48). Esforzaos, por ello, en defender su unidad e indisolubilidad, aplicando a la vida familiar el pensamiento central de la Conferencia de Puebla: *Comunión y participación*.

Comunión, es decir, disposición interna de comprensión y amor de los padres entre sí y de éstos para con sus hijos. Participación, o sea, mutuo respeto y donación, tanto en los momentos felices como en los de prueba.

Dentro de esta unidad, vivificada por el amor, resplandece el matrimonio como fuente de la vida humana, de acuerdo con las leyes establecidas por el mismo Dios. Esto nos indica la necesidad de insistir en el sentido cristiano de la paternidad responsable, en la línea de la Encíclica *Hu-*

manae vitae de Pablo VI. No vaciléis tampoco en proclamar un derecho fundamental del ser humano: el de nacer (cf. *Discurso inaugural de Puebla, III, 5*).

Una adecuada pastoral familiar habrá de tener muy en cuenta la triple función que ha de configurar a las familias latinoamericanas como “educadoras en la fe, formadoras de personas, promotoras de desarrollo” (homilía en el seminario de Puebla, 2).

En efecto, el hogar cristiano debe ser la primera escuela de la fe, donde la gracia bautismal se abre al conocimiento y amor de Dios, de Jesucristo, de la Virgen, y donde progresivamente se va ahondando en la vivencia de las verdades cristianas, hechas norma de conducta para padres e hijos. La catequesis familiar, en todas las edades y con diversas pedagogías, es importantísima. Ha de hacerse operante con la iniciación cristiana desde antes de la primera comunión y deberá tener un especial desarrollo mediante una recepción consciente y responsable de los otros sacramentos. Así la familia será de veras una Iglesia doméstica (cf. *Lumen gentium, 11; Apostolicam actuositatem, 11*).

Como formadora de personas, la familia tiene un papel singular que le confiere un cierto carácter sagrado, con derechos propios fundados en última instancia en la dignidad de la persona humana, y por ello deben ser siempre respetados. Acabo de expresarlo en mi discurso a la Organización de Estados Americanos: “Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios

y destinada a una meta eterna” (*L’Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 4 de noviembre de 1979, pag. 7). Una pastoral familiar debe velar, pues, por la defensa de estos derechos. Así se contribuye a la vez a hacer de la familia un verdadero y eficaz agente de desarrollo.

Por otra parte, es evidente que para poder trabajar con eficacia en ese campo, es necesario esforzarse seriamente por eliminar las causas profundas de las que brotan tantos factores desequilibradores de la sociedad y, por consiguiente, de la familia. Nadie deja de ver, a este respecto, la repercusión enorme, no sólo de orden moral, que tienen ciertas situaciones de clara injusticia social o que afectan igualmente al sector de las relaciones laborales.

Las trágicas consecuencias de la violencia

Por ello, como parte de vuestro ministerio, no dejéis de proponer y difundir una sana doctrina moral pública, en plena consonancia con la línea marcada por la enseñanza social de la Iglesia que, si llevada a la práctica con fidelidad y sin tergiversaciones de ninguna tendencia, hará que sean realidad fecunda las exigencias de orden humano y evangélico que ella intenta tutelar.

5. Si con la justa preocupación por la salvaguardia de estos derechos humanos, ponéis bien de relieve los principios antes enunciados, encontraréis en la falta del respeto debido a esos principios la raíz del desatarse de la violencia. A fin de contribuir, en cuanto está en vuestro poder, a que se disuelva definitivamente el ciclo funesto de la violencia, proceded, venerables hermanos, con todo celo en el cumplimiento de vuestros deberes pastorales, procurando que la sociedad y la célula primera de esa sociedad, es decir, la familia, se integren en aquella civilización del amor, tan deseada por mi predecesor Pablo VI.

6. Si ante las exigencias de vuestro vasto y no fácil programa, pudiera parecer inadecuado el número de colaboradores de que disponéis —a pesar del reciente aumento de vocaciones— os sirva de aliento esta prometedora aserción conciliar: “Las familias que están animadas de un espíritu de fe, de caridad y de piedad, prestan una contribución valiosísima para el fomento de las vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y, en general, a las de especial consagración” (cf *Optatam totius*, 2).

Dios ha querido dejarnos un modelo muy cercano a nosotros en la Sagrada Familia de Nazaret. Que Jesús, María y José inspiren, acompañen y alienten vuestra pastoral familiar y la tarea de todos vuestros colaboradores.

7. Antes de concluir este encuentro, quiero aludir a la gratitud que me habéis expresado por la tarea de mediador que he aceptado, para contribuir a la paz y amistad entre dos pueblos hermanos: Argentina y Chile. Sabed que aprecio muy de veras el que estéis facilitando mi trabajo con vuestra acción pastoral, la cual, fundada en la oración y en las enseñanzas del Evangelio, contribuye eficazmente a crear la atmósfera apta para la anhelada solución, en bien de todos.

La paz y amistad entre Argentina y Chile

Os doy, finalmente, un particular encargo: que llevéis a vuestros sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas, agentes de apostolado y a todos vuestros diocesanos el saludo y bendición del Papa, que en todos piensa y por todos ora con gran afecto y con viva esperanza. Con ellos os bendigo a todos vosotros.

* * *

Visita “ad Limina Apostolorum” de un grupo de obispos de Colombia

EVANGELIZACION Y CATEQUESIS

Discurso de Juan Pablo II

La Iglesia, sacramento universal de salvación

Venerables hermanos en el Episcopado:

Os recibo con profunda alegría, en este encuentro colectivo, que me hace alargar mi mirada, llena de afecto, a la querida Iglesia en Colombia que vosotros representáis aquí, y que se ha hecho y se hace peregrina espiritual para ver el Sucesor de Pedro, con vosotros y con los hermanos obispos que os han precedido.

En estos momentos de comunión, reunidos en el nombre del Señor, sentimos también la presencia de vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas, miembros de los Movimientos de apostolado y pueblo fiel todo, a cuyo servicio abnegado y gozoso nos insta el mandato de amor del Divino Maestro.

En efecto, el amor al hombre, imagen de Dios, es concreción de nuestra fe en el Señor, don que nos une en la Iglesia, sacramento universal de salvación.

La visión de fe en el servicio del hombre, de todos los hombres, especialmente de los más necesitados, implica que el ejercicio de la misión absolutamente primordial

de la evangelización, y en ella de la catequesis, “no ceda en nada a cualquier otra preocupación (Catechesi tradendae, 63). La evangelización y la catequesis, adecuadamente concebidas, constituyen el eje mismo de vuestra solicitud pastoral. Como oportunamente lo expresa el Documento de Puebla, “el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización, que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y los promueve integralmente” (núm. 1145).

La fidelidad conyugal y el respeto a la vida naciente

La evangelización tiene un lugar insustituible en la familia, por la cual debéis seguir trabajando con vigor y esperanza. En los hogares se descubre el rostro de Dios en la oración, se aquilatan los valores del verdadero humanismo y crece la Iglesia. En los umbrales de este año observé: “Los problemas humanos más profundos están relacionados con la familia. La Iglesia quiere recordar que a la familia van unidos los valores fundamentales que no se pueden violar sin daños incalculables de naturaleza moral... Es necesario defender estos valores fundamentales con tenacidad y firmeza, porque su quebranto lleva consigo daños incalculables para la sociedad y, en último término, para el hombre... El primero es el valor de la persona, que se expresa en la fidelidad mutua absoluta hasta la muerte... La consecuencia de esta afirmación del valor de la persona, que se manifiesta en la recíproca relación entre los cónyuges, debe ser también el respeto al valor de la nueva vida, es decir, al niño, desde el primer momento de su concepción. La Iglesia jamás puede dispensar de la obligación de salvaguardar estos dos valores fundamentales, unidos con la vocación de la familia” (Homilía en el último día del año 1978, núm. 2).

La pastoral juvenil

Conocéis asimismo la esperanza que deposita la Iglesia y que tiene el Papa en la juventud. Repetidles a vuestros jóvenes lo que dije en Irlanda: “Creo en los jóvenes con todo mi corazón y con la plena convicción”. Asegurad por todos los medios la más esmerada catequesis a la niñez y a la juventud: una catequesis integral, fiel al contenido total del Evangelio, con un lenguaje adaptado, que no desvirtúe el contenido del Credo, que no turbe los espíritus y que forme cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe. Son éstos algunos de los puntos a los que me referí ampliamente en la reciente exhortación Apostólica sobre la catequesis y que brindo como criterios a quienes están comprometidos en esa nobilísima tarea que la Iglesia les encomienda.

Seguid, pues, animando todos los esfuerzos sanos que en el campo de la catequesis se realizan. Sabéis bien que, por desgracia, no han faltado tampoco “ensayos y publicaciones equívocas y perjudiciales para los jóvenes y para la vida de la Iglesia” (Catechesi tradendae, 49). Es lamentable comprobar que se difunden a veces, sustrayéndose a la vigilancia de los Pastores. El Espíritu nos urge para que comuniquemos las certezas de nuestra fe. Ojalá que también las editoriales y librerías católicas, fieles a la misión y a las exigencias que tal denominación comporta, colaboren, en la gran medida en la que pueden hacerlo, en esta importante tarea.

Responsables como sois de las comunidades que el Señor os confía, ayudados por todos vuestros pródigos colaboradores, en primer lugar los sacerdotes, llevad la juventud a Cristo, el único capaz de dar plena respuesta a sus aspiraciones. Que como anotaron los obispos en la III Con-

ferencia General del Episcopado Latinoamericano, "La pastoral juvenil sea la pastoral de la alegría y de la esperanza que transmite el mensaje gozoso de la salvación a un mundo muchas veces triste, oprimido y desesperanzado en busca de su liberación" (núm. 1205).

La promoción de la justicia social

Sé muy bien que tratáis de ejercer ese ministerio evangelizador en estrecho contacto con vuestros fieles y siguiendo de cerca las circunstancias concretas ambientales en las que se desarrolla su vida como cristianos. Ello os hace testigos de no pocas situaciones penosas, que derivan de la falta de formación moral y religiosa, de cultura, de trabajo, de lamentables condiciones de injusticia, en las que siguen aumentando las distancias entre quienes tienen en exceso y quienes carecen de lo esencial.

En vista de ello, no dejéis de hacer todo lo posible en favor de una formación integral de las personas, prestando toda la debida atención a la dimensión social que debe también tener vuestro ministerio. Con esa fina sensibilidad que distingue hoy a tantas personas, sobre todo jóvenes, de seosas de ver implantado un sistema de relaciones sociales mucho más justas.

Desde una gran fidelidad al Evangelio y con una clara noción de lo que es la misión específica de la Iglesia, ser —con vuestra enseñanza, con vuestras obras, con el aliento dado a vuestros colaboradores— eficaces promotores de auténtica justicia en todos los campos, de acuerdo con las pautas marcadas por la Iglesia en sus documentos de doctrina social.

Amados hermanos: Confortados con mi palabra y

aliento, proseguid vuestra misión, y llevad a todos los miembros de vuestras respectivas Iglesias el afecto y la bendición del Papa. Y con ella, el deseo de paz, de alegría y esperanza en la fidelidad a Cristo, El Salvador.

* * *

30/X/79

O.R. 18/XI/79 pags. 2 y 16

Visita "Ad Limina Apostolorum" de los Obispos de México

COMPROMETERSE CON FUERZA Y CONVICCION

EN LA TAREA EVANGELIZADORA

Discurso de Juan Pablo II

Comunión con el Pastor de todas las Iglesias

1. Bienvenidos seáis a este encuentro, con el que culmina vuestra visita a la Sede de los Apóstoles Pedro y Pablo.

En espíritu de fe, habéis emprendido vuestra peregrinación hasta Roma, con el vivo deseo de reforzar vuestra comunión con el Pastor de toda la Iglesia, y hacerle partícipe de vuestros éxitos, propósitos y esperanzas, así como de las dificultades y obstáculos que se interponen en el diario camino del servicio apostólico a vuestras comunidades eclesiales.

Gracias por la especial alegría que me trae vuestra visita. Sí, porque a través de vuestros rostros que bien conozco, de las confidencias recibidas de vuestros corazones de Pastores y, más inmediatamente, a través de las ex-

presivas y sentidas palabras que acaba de pronunciar en nombre de todos el Presidente de vuestra Conferencia Episcopal, el señor Cardenal Arzobispo de Guadalajara, se me hacen presentes, junto a vosotros, las dilatadas muchedumbres de vuestros fieles —que representan casi la mitad de la Iglesia en vuestro país— y de todo el querido pueblo de México, con el que pasé días imborrables en mi primer viaje apostólico y que sigue ocupando en mi recuerdo y en mi corazón un lugar muy destacado.

Quisiera que la sintonía de sentimientos que se creó en aquellas mis jornadas mexicanas y la abundante semilla evangélica depositada, tuvieran su mejor fruto y complemento en una creciente profundización de la fe y de la vida cristiana en vuestra patria.

2. Todo ello requiere de vosotros, ayudados por cuantos colaboran en la misión apostólica, una perseverante y sistemática obra de evangelización a todos los niveles, para cada miembro de vuestras comunidades reciba la Buena Nueva de salvación, desarrolle de modo cada vez más consciente y personal la fe recibida y llegue a la plenitud de la vida en Cristo. Tarea larga, urgente, pero nobilísima y meritoria, en la que me alegra constatar el espíritu de ayuda mutua que reina entre vuestras Iglesias particulares, con adecuados planteamientos pastorales a nivel regional y con la asistencia recíproca entre diócesis que pueden socorrer a las más necesitadas en medios y sobre todo en agentes cualificados de evangelización.

Vosotros que llegáis de tierras que han ligado estrechamente su nombre con tan valiosos documentos sobre la evangelización, no necesitáis que me extienda mucho en este punto, en el que os sé comprometidos con todas vuestras fuerzas y convicción. Permitidme, sin embargo, que os aliente una vez más en el desempeño de esa grave respon-

sabilidad eclesial, para que cumpla fielmente su misión la Iglesia, que desea siempre ser “una buena madre, cuidar a las almas en todas sus necesidades, anunciando el Evangelio, administrando los sacramentos, salvaguardando la vida de las familias mediante el sacramento del matrimonio, reuniendo a todos en la comunidad eucarística por medio del Santo Sacramento del altar, acompañándolos amorosamente desde la cuna hasta la entrada en la eternidad” (Homilía en la basílica de Guadalupe, 27 de enero de 1979).

La Plenitud de la vida en Cristo y la religiosidad popular

3. Como punto de partida que os facilitará mucho vuestra labor, podéis contar con la profunda religiosidad de vuestro pueblo, que en tantas formas lo evidencia. Ello, a pesar de las lagunas que presenta, ofrece un campo bien dispuesto a la recepción del Evangelio que hay que saber valorar y aprovechar con oportuna disponibilidad.

La devoción a la Virgen María

En aquellos casos en los que la fe cristiana se presenta mezclada a formas menos perfectas de religiosidad popular, se impone un prudente criterio pastoral, para no apagar la fe más o menos auténtica, sino —partiendo de ella— purificarla, robustecerla e integrarla gradualmente en la vivencia consciente del misterio integral de Cristo.

4. Un puesto de singular relieve entre vuestros fieles ocupa la devoción a la Virgen María, que desde Guadalupe —verdadero “Santuario del pueblo de México”— y también desde Zapopán o de tantos otros lugares tan queridos al alma del México mariano, acompaña a sus hijos en su peregrinar de fe. Vuestra historia os enseña qué papel tan primordial ha tenido y tiene la figura de María en la vida cristiana de vuestro pueblo.

Cultivad, por ello, con todo mimo esa faceta religiosa de vuestros fieles que sienten y viven la devoción a María Santísima como algo que pertenece a su identidad propia.

Sea Ella la que, mediante una perfecta comprensión de su lugar en la economía de la gracia, y siguiendo su ejemplo de perfecta cristiana, conduzca a vuestros fieles por el camino de los verdaderos discípulos de Jesús, el Salvador. Y sean sus santuarios, mediante una pastoral bien cuidada y orientada, “lugares privilegiados para el encuentro de una fe cada vez más purificada” (Homilía en el Santuario de Zapopán, 30 de enero de 1979).

Atención pastoral a la juventud

5 Una de las notas más características de vuestro ambiente eclesial es la juventud de la población, en la que el 60 por ciento no llega a los 20 años. Ello constituye para vosotros un verdadero desafío que la Iglesia no puede perder. Esos jóvenes de hoy, son la Iglesia y la sociedad de mañana, son su futuro, su esperanza. Hay que saber conducirlos a Cristo, presentándolo a ellos como el único ideal grande que puede colmar sus inquietudes, sus deseos de libertad, de justicia, de autenticidad, de transformación de los corazones y, con ello, de una sociedad tantas veces injusta y enferma. Sólo así, con ideas nobles en su mente, y con vivencias generosas en sus corazones, podrán superar vacíos existenciales que están a la raíz de tristes fenómenos de violencia, de droga y sexo, o de desviaciones a ideologías que finalmente son contradictorias con los ideales dignos por los que se creía luchar.

6. La causa de una profunda educación moral de las conciencias, sobre todo en los ámbitos de la parroquia, de la familia, de los centros de formación, no puede disociarse de esa oportuna orientación moral social, en la que la Iglesia ha insistido con tanta frecuencia en los documentos dedicados a ese tema, y que forman una parte importante de su enseñanza.

La orientación moral social del pueblo y la preocupación por las comunidades de los indios

A lo largo de la historia de vuestra comunidad eclesial no han faltado ejemplos y figuras que, arrancando de las indicaciones de la doctrina social de los Papas, especialmente desde León XIII, han dado prueba —aún en medio de difíciles circunstancias externas— de una fecunda inserción en el campo social y asociativo, sosteniendo las justas reivindicaciones de los sectores necesitados, obreros y campesinos, en una línea de verdadero humanismo y de inspiración en los principios cristianos. Obra que continúa que debe proseguir con fuerza y empeño renovados, bajo el impulso del Episcopado. Ojalá que cuantos trabajan en dicho campo, sacerdotes, religiosos, laicos católicos, se atengan a estos criterios, para que su esfuerzo sea fecundo y eclesial, sin crear estridencias, tensiones o rupturas dañosas.

Unidad de acción en orden a la edificación de la fe

En este terreno no quiero dejar de recomendaros un especial cuidado de un sector particular de vuestra grey: las comunidades de indios. Recuerdo con afecto mi encuentro de Cuilapan con algunos grupos aborígenes y os remito a cuanto allí dije.

7. Queridos hermanos: Otros puntos merecerían nuestra atención, pero no puedo alargar más este encuentro. A ellos me referiré al recibir a los otros miembros del Episcopado mexicano.

Continuad con renovado brío y entusiasmo vuestra misión de maestros, pastores y padres. Mantened entre vosotros, y también como Conferencia Episcopal, una estrecha

unión en el desarrollo de vuestras respnsabilidades personales y colectivas, para la edificación en la fe de vuestras Iglesias.

A todos y cada uno de los miembros de las mismas, de los grupos que encontré en los diversos momentos de mi peregrinación a México, a cuantos no pudieron verme por enfermedad o por otros motivos, alargó mi pensamiento lleno de afecto y mis brazos para bendecirles.

Concluyo con un entrañable deseo que se hace plegaria: Sea la dulce Señora de Tepeyac, la Madre de Guadalupe, a cuyo santuario sigue el Papa peregrinando espiritualmente y cuya imagen conserva muy cerca, la que indique a todos: "Id a Jesús", camino, verdad, vida. Así sea.

* * *

15XXI/79

O.R. 25/XI/79 pgs 2 y 8

Visita "ad Limina Apostolorum" de los Obispos de Venezuela

CONCIENCIA COLEGIAL EN LOS AFANES

PASTORALES

Alocución de Juan Pablo II, 15 de noviembre

Comunión Apostólica

Amadísimos hermanos en el episcopado:

Es para mí un placer recibiros hoy en esta audiencia

que viene a ser como el punto culminante de la visita "ad Limina" de todos los obispos venezolanos. En este momento os quiero reiterar mi afecto fraterno de comunión apostólica.

A lo largo de las audiencias particulares tenidas hasta ahora, he podido comprobar por parte vuestra una idéntica correspondencia en esa misma comunión de gracia y de misión, en Cristo, que ha de animar nuestro servicio pastoral. Hago pues mías vuestras inquietudes; comparto también vuestras aflicciones y sacrificios por amor a la Iglesia; me asocio igualmente a vuestras alegrías y esperanzas en la difusión del Evangelio. Por todo ello doy gracias al Señor y celebro con gozo que El, "por la confianza que tuvo con vosotros, os haya designado para su servicio" (Cf 1 Tim 1,12).

El amor mutuo es lo que da credibilidad a la tarea evangelizadora

1. No voy a describir ahora, por ser cosa que todos sabemos, cuál es la función eclesial del obispo en medio de la comunidad cristiana. Sí quisiera en cambio, por considerar que se trata de un aspecto primordial de toda visita "ad Limina", invitaros a una reflexión conjunta, a intensificar nuestra conciencia colegial, con el fin de que nuestra actitud pastoral se vea corroborada más y mas en el ejercicio de la auténtica misión, que "tiene por objeto el amor mutuo que brota del corazón limpio de la conciencia honrada y de la fe sentida" (1 Tim 1,5).

Sí, amadísimos hermanos: la realización del amor mutuo, expresión inequívoca de una vida injertada en Cristo Salvador, es lo que da credibilidad a nuestra ineludible tarea evangelizadora. Ambos, amor y evangelización, tie-

nen como parámetro al hombre interior, es decir, a la persona humana que ha de ser “formadora como Dios quiere” (1 Tim 1,4), mediante la purificación de los corazones, la rectitud moral de las conciencias y la orientación a Dios por la fe viva, traducida en obras.

Atención pastoral a la familia

2. Sin perder de vista esta urgencia de credibilidad en la misión eclesial, me siento en el deber de proponer a vuestra reflexión un campo, en el que hoy más que nunca se advierte en vuestro país la necesidad de un cuidadoso servicio por parte de quienes son maestros y guías del Pueblo de Dios.

Me refiero a la *institución familiar*. Sé muy bien que constituye también para vosotros una gran preocupación particular, porque sois conscientes del don inapreciable y propio del sacramento del matrimonio para los cónyuges cristianos: “Significar y participar en el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia, ayudarse mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de la prole” (Cf. *Lumen gentium*, 11). El sacramento del matrimonio y su perpetuación histórica en la familia entroncan por tanto con la alianza de amor de Dios con el hombre, en la creación y en la redención; una alianza que se perpetúe en la Iglesia, familia del Pueblo de Dios.

En nuestras consideraciones pastorales acerca de la vida matrimonial y familiar hemos de superar, pues, perspectivas estrictamente externas, que a veces ignoran u oscurecen en parte su sentido más profundo y genuino: la identidad propia del amor santificado por el sacramento. Quizá un poco superficialmente nos contentamos a veces

con consultar encuestas o estadísticas —efectuadas acaso a base de ideologías predeterminadas— que recogen aspectos mudables y también manipulables, reflejo a su vez de situaciones cambiantes de índole cultural, sociológica, política económica...

No olvidemos que, detrás de tantos análisis y estadísticas, queda latente un gran hueco que envuelve a personas que confiesan en realidad la propia soledad, el propio vacío moral y espiritual, porque no han sido educados aún suficientemente en el sentido auténtico de la unión matrimonial y de la vida familiar como vocación a una experiencia fecunda, única e irrepetible, de comunicación, en consonancia con el proyecto inicial y permanente de Dios.

Una vocación de la que brotan, evidentemente, deberes y responsabilidades graves a los que hay que ser fieles, por amor a la propia prole y en obediencia a las prescripciones divinas

Ante esta evidencia, no podemos menos de intensificar nuestra labor por todos los medios a nuestro alcance. Si estamos convencidos de veras “del poder salvador de la Iglesia, de que es la persona humana la que hay que salvar y la sociedad humana la que hay que renovar” (*Lumen gentium*, 3), hemos de ofrecer y cultivar esa fuerza y esa verdad en la familia, dentro de la cual la persona nace y se regenera por obra de la gracia. Donde hay vida, y ésta se aprecia y se respeta como don de Dios, la familia y la comunidad no languidecen, ni la conciencia moral se relaja, ni la existencia cotidiana se deja dominar por el tedio; al contrario, “formada como Dios quiere”, sentirá la plenitud de sentido en su conexión con la Paternidad divina.

1980

1980

El hogar cristiano, escuela de formación y fuente de vocaciones

3. Asimismo cabe destacar, por su importancia en la labor de evangelización, el cometido del hogar como escuela de formación. La familia cristiana, "Iglesia doméstica" en frase de mi venerado predecesor Pablo VI (*Evangelii nuntiandi*, 71), es el primer ambiente apto para sembrar la semilla del Evangelio y donde padres e hijos, cual células vivas, van asimilando el ideal cristiano del servicio a Dios y a los hermanos.

De este dinamismo educativo surgirán sin duda algunas vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, tan necesarias para continuar el servicio a los hombres, sobre todo en favor de los más pobres, de los que sufren en la carne y en el espíritu. Educad, pues, a los padres en la idea de que el seguimiento de Cristo es una razón que da pleno sentido a una vida, porque es la respuesta generosa a la llamada divina.

4. Otro tema sobre el que quiero llamar vuestra atención de Pastores es el de la catequesis. Sé que estáis empeñados en llevar a vuestros fieles hacia una evangelización progresiva que configure toda su vida cristiana. Os aliento a continuar y redoblar vuestros esfuerzos en un campo tan vital para la Iglesia, ya que solamente con una labor catequística sistemática y en profundidad vuestras comunidades cristianas podrán llegar a una vivencia integral del mensaje de salvación y dar testimonio personal y colectivo de las razones profundas de su esperanza en Cristo.

Esta tarea deberá desarrollarse poniendo como centro el misterio de Jesús, Hijo de Dios y Redentor del hombre, que en la Palabra revelada sigue transmitiendo su enseñan-

za salvadora para el ser humano en cada momento de la historia, y que en los sacramentos continúa desplegando hoy la eficacia de su fuerza divina, transformadora para quien a El se acerca.

Una catequesis centrada en Cristo, Redentor del hombre

Esa es la meta final de toda catequesis: el encuentro vital, consciente, personal con el Cristo de la fe, el Cristo de la historia, el único Redentor y esperanza del hombre. Pero una catequesis bien programada y que parte de la verdadera realidad ambiental, no desdeñará todas las ayudas y atisbos de auténtica espiritualidad que se dan en tantas formas de religiosidad popular. Bien orientadas y hechas objeto de apropiada catequesis, podrán ser válidos caminos hacia la deseada profundidad de una vida plena en Cristo.

En esta tarea y para darle la amplitud que de otra forma no os permitiría la escasez de agentes de pastoral calificados, servíos en todo lo posible de los medios de comunicación social, que pueden multiplicar vuestra voz evangelizadora. Buscad también, en éste como en otros campos, la ayuda de los laicos y de todas las personas bien formadas que os pueden prestar una colaboración preciosa. ¡Qué amplias perspectivas podrían abrirse en ese cometido para no pocos de vuestros mejores universitarios, para esos que son conscientes de su vocación cristiana y de su noble misión en la Iglesia y en el mundo actual!

Preocupación por las situaciones sociales

5. Hay otro tema que está muy presente en vuestros ánimos y que recurre con frecuencia en vuestras relaciones quinquenales: la preocupación por las situaciones sociales

que enfrentáis en el ministerio de vuestras Iglesias.

Sabéis muy bien que la misión prioritaria y propia de la Iglesia es la evangelización. Sin embargo, no podemos cerrar los ojos a la repercusión que también en el orden social tiene el mensaje del Evangelio. La Iglesia ha demostrado, a lo largo de los tiempos, una honda sensibilidad hacia el ser humano, víctima de injusticias, de opresiones y de violaciones a su dignidad de hombre y de hijo de Dios. La visión del trabajador no debidamente respetado y retribuido, del campesino sin posibilidad de conveniente acceso a una propiedad en la que pueda realizarse con dignidad, del habitante de ciertos barrios sin casa ni medios de cultura o de trabajo, del hijo de hogares humildes sin oportunidades de adecuada formación para su vida, del emigrante mal acogido o maltratado, son realidades —a las que podríamos añadir otras— que reclaman una justa atención por parte de cuantos en la Iglesia pueden contribuir en las tareas de una mayor humanización de las estructuras y ambientes, para que se acomoden al hombre y a su dignidad.

Es una educación de las mentes y de los corazones las que se impone, a la luz de los grandes principios de la enseñanza social y humanitaria de la Iglesia.

6. Para no alargar más este encuentro, dejo a vuestra consideración y sensibilidad de Pastores otros capítulos que hemos tocado en nuestros coloquios de estos días.

Comunión de oraciones y esperanzas

Deseo decir, finalmente, que el Papa se siente íntimamente unido a las aspiraciones y esperanzas de la Iglesia de Dios en vuestro país. En mis oraciones a Dios Padre y a la Virgen de Coromoto tengo muy presentes a todos y cada

uno de los venezolanos, pidiendo al Dios Uno y Trino que estos votos se conviertan en cristiana realidad.

Con gran afecto doy a vosotros y a los miembros de vuestras Iglesias mi especial bendición.

* * *

20/XI/79

O.R. 2/XII/79 pag. 2

Visita "ad Limina Apostolorum" de un grupo de Obispos de Colombia

LA DIMENSION MISIONERA DE LA IGLESIA

Discurso de Juan Pablo II

Encuentro colegial

Amadísimos hermanos en el Episcopado:

1. Una vez más siento el gozo de ver junto a mí un nutrido grupo de Obispos de Colombia, en esa renovada comunión de sentimientos eclesiales y de afecto mutuo, objetivo y fruto de la visita *ad Limina*.

Vuestra presencia, para mí tan grata, me hace recordar instintivamente a los miembros del Episcopado de vuestro país que os han precedido. Siento como que estamos prolongando ahora las vivencias y reflexiones que tuve con ellos y que vienen a recibir un complemento con este nuestro encuentro.

La labor evangelizadora de los religiosos y religiosas en tierra de misiones

2. Una nota peculiar caracteriza nuestra reunión de hoy, ya que vosotros, queridos hermanos, como prelados de los diversos vicariatos apostólicos y prefecturas apostólicas de Colombia, me traéis la presencia específica de la Iglesia misionera en vuestra patria.

Por ello, mi primera palabra quiere ser de estima y agradecimiento por el empeño que ponéis en el trabajo de edificación y consolidación de la Iglesia en cada una de las porciones eclesiales confiadas a vuestro cuidado y responsabilidad pastorales.

En esa tarea, tan vital y meritoria, recibís una ayuda preciosa por parte de las Congregaciones e Institutos religiosos a los que están encomendadas vuestras circunscripciones misioneras. Quiero, en consecuencia expresar aquí mi profundo aprecio y gratitud, al que uno el testimonio de mi complacencia y alabanza más vivas, a los miembros de esas beneméritas familias religiosas, que tan generosas energías consumen en ese cometido, en medio de tantas dificultades ambientales y de no pocas privaciones. ¡Que el Señor les recompense largamente! Son sentimientos que se extienden a todos los demás que —religiosas sobre todo— prestan su abnegado servicio en estrecha colaboración con vosotros.

El cultivo de las vocaciones nativas y la ayuda mutua entre las diversas comunidades eclesiales

3. Sé que estáis empeñados en la labor de un cultivo intenso de las vocaciones nativas. Ello me alegra muy de veras y os aliento a no ahorrar energías en la pro-

secución de ese camino, que va en la dirección de las necesidades esenciales y prioritarias de la Iglesia.

Sin embargo, mirando el panorama global de la Iglesia en vuestra nación, podríamos preguntarnos si otras diócesis más privilegiadas no estarían en condiciones de prestaros una ayuda válida, poniendo generosamente a vuestra disposición los agentes evangelizadores, sobre todo sacerdotes y religiosos, que parecen están en grado de daros.

Esa ayuda fraterna entre las diversas comunidades eclesiales, además de ser un signo evidente de comunión en Cristo y de maduración en la vivencia de la fe católica, además de contribuir a corregir desniveles bastante notables en cuanto a las fuerzas evangelizadoras, favorecería mucho la elevación de vuestras circunscripciones misioneras a diócesis de derecho común, objetivo al que yo mismo miro con favor y que anhelo vivamente, apenas las circunstancias lo permitan.

La conciencia activa de la ayuda que una Iglesia particular puede y debe prestar a la otra menos favorecida en agentes de pastoral y aún en recursos materiales, lejos de mermar energías propias, hará revitalizar los mecanismos de su vigor interno, suscitando nuevas fuerzas de generosidad y fecundidad eclesiales, que son premio a la propia apertura en la caridad dinámica del Evangelio y semilla de seguras bendiciones divinas.

Así, pues, si la dimensión misionera es una consecuencia necesaria de la vocación cristiana y si “La Iglesia entera es misionera y la obra de la evangelización un deber fundamental del Pueblo de Dios” *Ad gentes*, 35), cada comunidad diocesana —con su respectivo Pastor, sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y laicos— ha de ha-

cer realidad esa amplitud de miras eclesiales, que se extienden a las otras comunidades hermanas en la fe.

He aquí una hermosa tarea evangelizadora para todos y más específicamente para los Pastores, pues, como bien recuerda el Concilio Vaticano II, "suscitando, promoviendo y dirigiendo la obra misional en su diócesis, el obispo hace presente y como visible el espíritu y el ardor misionero del Pueblo de Dios, de forma que toda la diócesis se haga misionera" (*Ad gentes*, 38).

La predicación perseverante del mensaje salvador de Cristo y la promoción humana

4. Al concluir vuestra visita a la Sede de Pedro, os disponéis ahora a regresar al seno de vuestras comunidades, para continuar la obra evangelizadora. Esa obra en la que se armonizan las dos facetas de predicación perseverante del mensaje salvador de Cristo y de ayuda a los que viven en estrechez y privación.

Querría que la palabra del Papa llegara, personal y llena de afecto, a cada miembro eclesial que trabaja con vosotros en la viña del Señor. Para alentarlos en su bregar por el reino de Cristo, por la difusión de la fe, por la vivencia de la misma, por la firmeza alegre aguardando el cumplimiento de nuestra esperanza. Y al mismo tiempo, para manifestar mi aplauso por la dedicación encomiable que se presta a los más necesitados, a los más pobres, a todos aquellos a quienes llega quizá sólo el apoyo y socorro que inspira la caridad hecha en nombre de Cristo. Sean todos los que así hacen realidad la presencia solícita de la Iglesia, que el Papa los acompaña, los anima, está cerca de ellos.

María, estrella de la evangelización

Término, amados hermanos, asegurándoos que estas intenciones las llevaré a la oración, para que la gracia divina se difunda en abundancia sobre cada miembro de vuestras Iglesias locales y sobre sus iniciativas.

Sea el Dador de todo bien perfecto el que lleve a plenitud la obra comenzada. sea la Madre de la Iglesia, la Estrella de la evangelización, el modelo perfecto de vida cristiana, la que consuele el animoso caminar, y le haga ir dejando una estela fecunda de realizaciones evangélicas y humanas, en una proyección total a Cristo y al hermano. Para que así sea, os doy mi bendición, que se alarga a todos vuestros colaboradores y fieles.

* * *

11/XII/79

O.R. 23/XII/79, pags. 10 y 12

Visita "ad Limina Apostolorum" de los Obispos de Ecuador

LOGRAR UNA EVANGELIZACION VERDADERA-

MENTE SOLIDA Y PROFUNDA CENTRADA EN

CRISTO, HIJO DE DIOS, REDENTOR Y

ESPERANZA DEL HOMBRE

Alocución de Juan Pablo II

Encuentro de comunión y unidad fraterna

Señor cardenal, amadísimos hermanos en el Episcopado:

1. Me es sumamente grato tener con vosotros este encuentro colegial, en el marco de la visita "ad Limina", que estáis realizando los obispos del Ecuador. Estos días de diálogo intenso acerca de vuestras comunidades han sido para mí de gran consuelo, a medida que se ha ido desvelando ante mis ojos el dinamismo real y las actuales perspectivas prometentes de la Iglesia en el Ecuador.

Doy por ello gracias al Señor, "como es justo, porque se acrecienta en gran manera vuestra fe y va en progreso la caridad; hasta tal punto que me glorío de vosotros por vuestra constancia y fe en los trabajos que soportáis" por amor a la Iglesia (Cf 2 Tes 1,3 y ss)

Vuestra visita es una muestra visible de comunión y unidad fraterna que, tan deseada por el Divino Maestro (Cf Jn 17), se realiza en beneficio constante del único rebaño de Cristo, congregado en torno de sus Pastores.

Esta causa de la íntima comunión dentro de la Iglesia, tutelándola celosamente y reforzándola con todos los medios en cada momento es una de las finalidades esenciales del encuentro con quien, como Sucesor de Pedro y cabeza del Colegio apostólico, está colocado por voluntad divina como centro y garantía de unidad en la fe y en la caridad eclesiales (Cf *Lumen gentium*, 23).

Los evangelizadores

Por ello, a la vez que os expreso mi vivo gozo por la

unión de mentes y corazones que existe entre vosotros, os aliento a preservar siempre ese don precioso, de modo que en todas vuestras iniciativas y orientaciones como Pastores se irradie la unión fraternal y, como reflejo de ello, se corrobore la solidaridad de intentos en las comunidades cristianas a vosotros encomendadas.

2. El primer campo al que esa vivencia unitaria se traspasará muy benéfica y será al de los sacerdotes y colaboradores más inmediatos vuestros en el cuidado de las almas. Se impone ahí una actitud verdaderamente eclesial y que se hace tanto más imperiosa cuanto mayores son las exigencias de suficientes fuerzas evangelizadoras. Estas, precisamente por ser hoy insuficientes, tienen creciente necesidad de evitar dispersiones, que pudieran resultar inútiles y aún esterilizantes.

Sé bien que la preocupación por lograr un número adecuado de agentes de pastoral ecuatorianos está viva en vuestra solicitud y programas de Pastores. En efecto, vuestro sincero reconocimiento por la valiosa ayuda que recibís de otras comunidades hermanas, no cancela en vosotros la conciencia del vacío existente y de la necesidad de un esfuerzo reforzado por conseguir suficientes vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Aliento y bendigo con todas mis fuerzas esos propósitos vuestros, así como la solicitud encaminada a lograr una formación idónea para todo el personal apostólico en los centros que la Iglesia tiene establecidos a diversos niveles. No dejará de dar, y ya los está dando, frutos conspicuos de evangelización la entrega cuidadosa de la jerarquía a la promoción de esos centros eclesiales, que tanto pueden contribuir al bien de vuestras diócesis y de la pastoral colectiva.

La misión esencial de la Iglesia

3. El objetivo que deben proponerse todos los agentes de apostolado es el de lograr una evangelización verdaderamente sólida y profunda, centrada en Cristo, Hijo de Dios, Redentor y esperanza del hombre.

Sé que estáis estudiando con atención el Documento de Puebla, al que deseáis dedicar una asamblea nacional, a fin de aplicar sus directrices a toda la Iglesia en Ecuador. Es una decisión que merece mi aplauso, ya que son muchas las iniciativas concretas que ello os ayudará a tomar en el importante terreno de la evangelización, que constituye la misión esencial de la Iglesia.

En el ejercicio de esa misión, hay que tener bien presentes las circunstancias concretas de los fieles. Vuestro pueblo, en efecto, cuenta con una buena base religiosa, que ha conservado de modo admirable, a pesar de las difíciles experiencias por las que ha pasado en el curso de su historia. La religiosidad de ese pueblo, que se profesa católico en su mayoría, se expresa con frecuencia en formas de piedad popular que se orientan sobre todo hacia la devoción a la Eucaristía, al Sagrado Corazón, a la Santísima Virgen y a los Santos.

Teniendo esto presente, habrá que procurar una evangelización cada vez más profunda, valorizando ese sustrato religioso, orientando sus manifestaciones, completándolas, purificándolas en lo que sea necesario.

Así se hará pasar a los fieles hacia una fe adulta, ayudándoles a superar los fenómenos de la secularización en sus vertientes negativas de ignorancia religiosa, indiferentismo, materialismo práctico o doctrinal. Y así podrán

también vencer los influjos ajenos que pueden cuestionar su fidelidad a Cristo y a sus convicciones como católicos; influjo —como bien sabéis— a veces no velados y contra los que hay que inmunizar a los fieles, para que sean siempre conscientes de su fe y mantengan la fidelidad prometida.

La repercusión social del Evangelio

Hablando de esa tarea evangelizadora quiero dejar una palabra de particular aprecio y aliento para la Iglesia misionera de vuestro país, que está desplegando una encomiable labor. A cuantos a ella se dedican generosamente, aun en medio de las dificultades graves de ambiente, de penuria de personal y de medios; a todas las familias religiosas que prestan tan valiosas energías a ese esfuerzo misionero; particularmente a las religiosas que a veces escriben páginas tan admirables de vida eclesial, vaya el agradecimiento más sentido, hecho también oración, del Papa y de la Iglesia.

4. La labor evangelizadora, que es la función propia y primaria de la Iglesia, no debe sin embargo, prescindir de lo que es su complemento natural: la preocupación por la repercusión social del Evangelio, que va dirigido al ser humano, visto según el plan divino. En efecto, “la gloria de Dios es que el hombre viva” (Cf San Ireneo, Adv. Haer., IV,20,7 PG 7, 1037). Y que viva según las exigencias de su dignidad como ser creado y como hijo de Dios.

Conozco vuestra sensibilidad de Pastores en ese campo, atentos como estáis al proceso de transición de una civilización preferentemente agraria a otra urbana e industrial, al éxodo de poblaciones campesinas hacia los grandes centros de desarrollo, sobre Quito y Guayaquil

a la distribución de la riqueza nacional que a veces queda de modo palpable en manos de privilegiados. Sé que hierde vuestro espíritu la visión de desigualdades exorbitadas, según las cuales junto a algunos sectores de opulencia se dan tantísimos otros de pobreza extrema, si no de miseria, que aquejan a enteros estratos sociales, entre los que está la gran parte de la población indígena.

Todo ello, en el marco de las nuevas fuentes de riqueza en vuestro país, pone desafíos ante los que habéis de dar una orientación y respuesta desde el Evangelio, siguiendo la tradición de los grandes principios de la enseñanza social de la Iglesia.

El documento del Episcopado: "La justicia social en el Ecuador" y la deseada opción preferencial por los pobres, han de ir haciéndose realidad vital, dentro del espíritu de comunión eclesial del que antes hablé y manteniendo el insustituible equilibrio entre esa opción y la solicitud pastoral que a nadie excluye, entre evangelización y compromiso por el hombre. Sólo teniendo una clara visión de la Iglesia y de la realidad integral del hombre se podrá avanzar de modo conveniente en ese campo, delicado y exigente a la vez.

La pastoral juvenil

5. La juventud ofrece hoy una particular sensibilidad en ese terreno, sin duda alguna con mayor dinámica que en las pasadas generaciones. Hay que estar atentos a muchas instituciones justas que los jóvenes presentan y a las que esperan una debida correspondencia, así como una obligada respuesta a sus ansias e interrogantes.

El florecimiento, asimismo, de movimientos juveni-

les en los que se nota la búsqueda de una vida espiritual intensa, son otros tantos factores que deben servir de estímulo a la Iglesia en Ecuador para no defraudar nacientes esperanzas.

Ello implica una gran atención a la labor de formación humana, de educación en la fe y en el testimonio cristiano de las nuevas generaciones. Todo lo cual, además del ámbito más directamente pastoral, envuelve también el ámbito de la escuela hasta sus grados superiores.

Tratándose de un terreno tan importante, la jerarquía e Iglesia toda en vuestro país debe empeñarse con todas sus energías en la salvaguardia y renovación de sus propios centros de enseñanza, procurando dar una auténtica educación humana y católica que, superando orientaciones laicistas o materialistas ambientales, forme hombres completos, cristianos cabales, con gran sentido de servicio al bien común. He ahí un fecundo campo de acción pastoral y de meritoria entrega también para laicos conscientes de su responsabilidad dentro de la Iglesia.

Los medios de comunicación

6. Mirando a esos grandes objetivos evangelizadores y humanos en Ecuador, he tenido conocimiento de los proyectos existentes en tema de comunicaciones sociales, a fin de potenciar la voz de la Iglesia y darle una mayor difusión.

Os expreso por ello mi más viva complacencia y os aliento a proseguir en esa dirección, usando todos los medios que la técnica nos ofrece para favorecer la irradiación de la verdad salvadora, la educación cultural y humana de las personas más desprovistas de medios de formación, para

sostener y defender a la familia y los grandes valores de los que ella es depositaria frente a la sociedad y a la Iglesia.

Testimonio en la esperanza y fidelidad en la caridad

7. Amadísimos hermanos: He aquí algunas reflexiones que hace brotar en mí el intenso amor por la Iglesia en Ecuador y por todos y cada uno de sus miembros.

Decidles al regresar a vuestros puestos de trabajo que el Papa aprecia su valentía en la obra de evangelización, su entrega a la Iglesia en el sacrificio, su testimonio en la esperanza, su fidelidad en compartir la caridad. A todos se extiende mi afecto, mi recuerdo en la plegaria, mi cordial bendición.

* * *

A N E X O S

O.R. 18/II/79, pag. 2

RECUERDOS IMBORRABLES DEL VIAJE A

LATINOAMERICA

*Discurso de Juan Pablo II a los jóvenes en la
audiencia general del 7 de febrero*

Queridísimos muchachos y muchachas, queridísimos jóvenes:

Henos aquí de nuevo en la basílica de San Pedro para la audiencia semanal acostumbrada. Hoy también habéis venido en gran número a encontraros con el Papa, y valorando yo grandemente este testimonio de fe y homenaje filial, os lo agradezco de corazón y os saludo con afecto.

Vuestra juventud, vivacidad y alegría son un gran tónico y estímulo a un denuedo creciente en el servicio a vuestras almas.

1. La primera idea que deseo comunicaros hoy se refiere, como es natural, a mi viaje reciente a América Latina, continente que representa casi la mitad de la población católica de la tierra. Me imagino que lo habéis podido seguir en la televisión y los periódicos, en parte al menos.

Mi ánimo rebosa de recuerdos imborrables; este viaje maravilloso, aunque haya resultado cansado, ha sido una verdadera gracia del Señor, concedida por intercesión de

mis venerados predecesores cuyo gran nombre llevo: Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo I. Ellos me han acompañado en la peregrinación, larga y llena de consuelos, de Santo Domingo a Ciudad de México, de Puebla a Guadalajara, de Oaxaca a Monterrey, siguiendo un programa jubiloso y apretado de cometidos y ceremonias.

Ha sido un encuentro con millones y millones de personas que se han apiñado en torno al Vicario de Cristo movidos por la fe y la esperanza. Ha sido sobre todo un continuo encuentro de oración y meditación. He podido conversar con obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas, obreros, universitarios, estudiantes campesinos, indios, enfermos, marginados, niños y también con responsables de Naciones y Gobiernos. He hablado en estadios, plazas, caminos, grandes santuarios, catedrales; en las montañas de los indios, en barrios pobres, en hospitales. En todas partes las muchedumbres se han apiñado alrededor del Papa, como un día se apiñaban alrededor de Jesús.

Y en este momento quisiera dirigir un recuerdo paterno a los jóvenes y niños tan ardorosos y alegres que he encontrado. Me complazco en recordar especialmente a los niños enfermos de Ciudad de México y a los pequeños indiecitos de Cuilapán.

La Asamblea de Puebla

2. La segunda idea se refiere a la Asamblea del Episcopado Latinoamericano reunido en la ciudad de Puebla.

He tenido la suerte de inaugurar personalmente esta III Asamblea el sábado 27 de enero, cuando presidí la celebración en el santuario de la Virgen de Guadalupe, y

después el domingo 28 de enero, cuando pronuncié el discurso de apertura de las sesiones en la capilla del seminario mayor de Puebla.

Como es sabido, se trata de la III Reunión del Episcopado de América Latina; la primera tuvo lugar en Río de Janeiro en 1955, y la segunda en Medellín en 1968.

Están presentes en Puebla 21 cardenales, 66 arzobispos, 103 obispos, 45 entre religiosos y religiosas, 33 laicos y laicas, 4 diáconos, 4 campesinos, 4 indígenas y 5 observadores no católicos.

Dicha Asamblea tiene por tema un problema muy importante: "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". Por ello la encomiendo con interés a vuestras oraciones.

La colegialidad episcopal

3. Quisiera terminar las noticias que he dado con alguna idea sobre la "Colegialidad episcopal" de la que habla largamente el Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium*.

Sabéis cómo Jesús eligió a los doce Apóstoles y sólo a ellos confirió poderes para el cumplimiento de su misión de anunciar la verdad, salvar y santificar las almas, y guiar a la Iglesia.

A la cabeza de los Doce estableció a Pedro, como fundamento de la Iglesia y Pastor universal de todas las almas, con el encargo de "confirmar a los hermanos", contando con la ayuda especial del Señor para no errar en la doctrina sobre fe y moral. La misión y poderes de los Apóstoles han

pasado a los obispos; la misión y los poderes de Pedro han pasado al Papa, o sea, al Obispo de Roma, Sucesor suyo.

Ved cómo en la voluntad y el proyecto de Jesús, la Iglesia es un solo cuerpo bien unido y ensamblado; los obispos forman una unidad, una “colegialidad” con Pedro, es decir, con el Papa como Cabeza.

Por consiguiente, a través de los obispos se remonta a los Apóstoles; y de los Apóstoles se alcanza a Jesús; y por medio de Jesús se llega a la Santísima Trinidad.

Para estar seguros de amar de verdad a Jesús, hay que estar unidos al propio obispo. Con razón afirma la Constitución *Lumen gentium* que en la persona de los obispos coadyuvados por los sacerdotes, está presente el Señor Jesucristo en medio de los creyentes (cf. *ib.*, num. 28).

Por ello, queridos jóvenes y muchachos, amad a vuestro obispo, que es el padre, amigo y maestro; orad por él y con él; escuchad su palabra y poned en práctica sus iniciativas; hacédle hermoso y lleno de consuelos su ministerio pastoral. Sea siempre un gozo y una fiesta el encuentro con el obispo, porque es ¡un encuentro con Jesús!

Con este deseo os confío al amor maternal de la Virgen de Guadalupe y bendigo a todos de corazón.

* * *

AMERICA LATINA RECIBIO LA SEMILLA DEL EVANGELIO EN TIERRA FERTIL Y GENEROSA

*Catequesis del Papa en la audiencia general del
miércoles, 14 de febrero de 1979*

Queridos hermanos y hermanas:

1. “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”. Sobre este tema ha trabajado la III Conferencia General del Episcopado de aquel continente desde el 27 de enero al 13 del corriente mes de febrero. Ayer la Conferencia terminó sus trabajos. Hoy quiero, en unión con mis hermanos en el Episcopado participantes en esa Conferencia, en unión de los Episcopados de todo el continente latinoamericano, dar gracias al Espíritu Santo por el conjunto de estos trabajos. Quiero dar gracias al Espíritu de nuestro Señor Jesucristo y a su Madre, Esposa del Espíritu Santo. Precisamente a sus pies en el santuario de Guadalupe iniciamos juntos la III Conferencia.

Quando oímos la palabra “evangelización”, nos viene a la mente la frase de San Pablo: “Porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizara!” (1 Cor 9,16). Estas palabras que brotan de lo más profundo del alma del Apóstol son el grito de la Iglesia de nuestros tiempos. Han venido a ser el testamento de Pablo VI, que encontró su expresión en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Ahora vienen a ser las palabras de fe, esperanza y caridad del Episcopado Latinoamericano, Porque

la fe, esperanza y caridad deben ser traducidas a lengua de responsabilidad por el Evangelio, por su anuncio tal como lo formuló San Pablo Apóstol.

El "ayer" del "Nuevo Mundo"

2. La evangelización en el continente americano es ante todo herencia de siglos. Si hablamos del presente y del futuro de esta evangelización, no podemos olvidar su "ayer", su pasado. De esto hablé durante el reciente viaje, en la primera homilía que pronuncié en la Misa concelebrada en Santo Domingo. "Desde los primeros momentos del descubrimiento —decía—, la preocupación de la Iglesia se pone de manifiesto para hacer presente el Reino de Dios en el corazón de los nuevos pueblos, razas y culturas... El suelo de América estaba preparado por corrientes de espiritualidad propia para recibir la nueva sementera cristiana".

Aquel "ayer" de la evangelización de los hombres y de los pueblos del continente latinoamericano se ha notado constantemente durante mi visita a México, y ha creado lo específico de todo el viaje. En todas partes encontré templos espléndidos que recordaban las primeras generaciones de la Iglesia y del cristianismo en aquella tierra. Pero sobre todo encontré *hombre vivos* que han aceptado como propio el Evangelio que les anunciaron en el Nuevo Mundo los misioneros provenientes del Viejo Mundo, e hicieron de él la sustancia de su propia vida. Ciertamente aquel encuentro de los recién llegados de Europa con los indígenas no fue fácil. Se tiene la impresión de que estos últimos no hayan aceptado del todo lo que es europeo; que, de alguna manera, trataron de esconderse en sus propias tradiciones y en la cultura nativa. Pero al mismo tiempo se tiene la impresión de que hayan aceptado a Jesucristo y a su Evan-

gelio; que en aquella comunidad de fe se haya realizado un encuentro de lo "viejo" con lo "nuevo", y esto se halla en la base no sólo de la vida de la Iglesia, sino de la misma sociedad mexicana. La continuidad de la fe ha pasado —como todos sabemos— pruebas graves y oposiciones duras. Es difícil resistir a la impresión, que se impone con insistencia, de que en el crisol de esas pruebas y oposiciones la comunidad se ha robustecido y ha profundizado. Lleva consigo las señales de una gran sencillez y de la victoria espiritual de la fe, a pesar de las circunstancias que podrían testificar en contra y que, considerando las cosas desde el punto de vista humano, podría entristecer.

Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos

3. "Jesucristo es el mismo ayer y hoy por los siglos" (Heb 13,8). Los representantes del Episcopado reunidos en Puebla, reflexionando sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, eran conscientes del hecho que la Iglesia como Cuerpo de Cristo y fiel Esposa suya, la Iglesia como Pueblo de Dios, no puede romper jamás con el pasado, con la tradición, pero tampoco puede contentarse con mirar sólo al pasado: la Iglesia (*"Retro-oculata: mirando atrás"*), debe ser al mismo tiempo siempre la Iglesia que mira al futuro (*Ecclesia "ante-culata: Iglesia mirando adelante"*). *A este futuro, a los hombres que ya existen y a los que vendrán, la Iglesia debe revelar siempre a Jesucristo, misterio de salvación pleno y no mermado. Este misterio es un misterio eterno en Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El misterio que en el tiempo ha venido a ser una Realidad Divino-Humana, que se llama Jesucristo.*

El es una realidad histórica y al mismo tiempo está sobre la historia, “es el mismo ayer y hoy y por los siglos” (Heb 13,8).

Es una realidad que no queda fuera del hombre; la razón de su existir, ser y obrar en el hombre; construir la fuente y el fermento de la vida nueva en cada hombre.

Evangelizar significa actuar en esta dirección para que la fuente y el fermento de vida nueva brillen en los hombres y en las generaciones siempre nuevas.

Evangelizar no quiere decir sólo hablar “de Cristo”. Anunciar a Cristo significa obrar de tal manera que el hombre —a quien se dirige este anuncio— “crea”, es decir, se vea a sí mismo en Cristo, encuentre en El la dimensión adecuada de su propia vida; sencillamente, que se encuentre a sí mismo en Cristo.

El hombre que evangeliza, que anuncia a Cristo es el ejecutor de esta obra, pero sobre todo lo es el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo. La Iglesia que evangeliza permanece sierva e instrumento del Espíritu.

El hecho de encontrarse a sí mismo en Cristo, que es precisamente el fruto de la evangelización, *viene a ser la liberación sustancial del hombre*. El servicio al Evangelio es servicio a la libertad en el Espíritu. El hombre que se ha encontrado a sí mismo en Cristo, ha encontrado el camino de la consiguiente liberación de la propia humanidad a través de la superación de sus limitaciones y debilidades; a través de la liberación de la propia situación de pecado y de las múltiples estructuras de pecado que pesan sobre la vida de la sociedad y de los individuos.

Con no menor claridad debemos referirnos a esta verdad tan fuertemente expresada por San Pablo, en la misión evangelizadora en el continente americano y en todas partes.

El futuro de la evangelización

4. El futuro de la evangelización se identifica con la realización del programa grande y múltiple delineado por el Concilio Vaticano II. La Iglesia, para que pueda cumplir su misión con relación al “mundo”, debe reforzarse profundamente en el propio misterio, debe construir a fondo la propia comunidad, la comunidad del Pueblo de Dios, basada en la sucesión apostólica, en el ministerio jerárquico, en la vocación al servicio exclusivo a Dios en el sacerdocio y en la vida religiosa, en el laicado consciente de sus propios deberes apostólicos.

El mundo latinoamericano espera que la Iglesia cumpla su misión propia en sus confrontaciones. Lo espera también cuando en la confrontación de la Iglesia y el Evangelio, manifiesta contestación e indiferencia.

Todo esto no debe desalentar en su amor a los apóstoles de Cristo y a los servidores del Evangelio.

Mis queridos hermanos en el Episcopado del continente latinoamericano dan testimonio de que “el amor de Cristo los urge” (cf 2 Cor 5,14), de que están prontos a “predicar la palabra, a insistir a tiempo y a destiempo, a reprender, a vituperar y exhortar con toda longanimidad y doctrina” (cf 2 Tim 4,2), como dice San Pablo, para que las comunidades confiadas a su cuidado de pastores y maestros “no aparten los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas” (cf 2 Tim 4,4).

Mis hermanos en el Episcopado del continente latinoamericano están prontos, en unión con sus sacerdotes, religiosos y religiosas, con todo el laicado celoso, a interpretar los "signos de los tiempos" para formar a todo el Pueblo de Dios en la justicia, en la verdad y en el amor.

El Señor los bendiga en todo este trabajo.

Permítales ver los frutos de este celo y de esta cooperación, cuya prueba es la III Conferencia General de Puebla.

Que la Iglesia en el continente latinoamericano, fuerte por la tradición de la primera evangelización, se fortalezca de nuevo con la conciencia de todo el Pueblo de Dios, con la fuerza de las propias vocaciones sacerdotales y religiosas, con sentido profundo de responsabilidad por un orden social fundado en la justicia, en la paz, en el respeto a los derechos del hombre, en la adecuada distribución de los bienes, en el progreso de la instrucción pública y de la cultura.

Les deseamos todo esto.

Sigamos rogando sin cesar por tal intención de América Latina todos nosotros aquí reunidos y toda la Iglesia, invocando la intercesión de la Madre de Dios de Guadalupe, a cuyos pies dimos comienzo a nuestros trabajos.

Amén.

* * *

SIMPOSIO DE OBISPOS EUROPEOS

LA EVANGELIZACION EN EL PRESENTE Y

EN EL FUTURO DE EUROPA

Homilía del Supremo Pastor en la concelebración eucarística del 20 de Junio de 1979

Unidad Sacerdotal y Colegialidad Episcopal

Queridos hermanos:

1. Expreso mi cordial y sincera alegría por nuestro encuentro. Alegría sobre todo porque el encuentro se desarrolla en el marco del simposio sobre el tema: "Los jóvenes y la fe".

Recuerdo del simposio precedente, de 1975, en el que tuve la suerte de participar activamente como uno de los relatores. Al mismo tiempo deseo expresar mi alegría por encontrarme hoy con vosotros, concelebrando la Santa Eucaristía. Espero que en esta comunión, en la que se expresa del modo más pleno y profundo nuestra unidad sacerdotal y episcopal, nos dará mayor luz y fuerza de Espíritu Santo Cristo-Príncipe de los Pastores, quien como único y Eterno Sacerdote es también fuente única y fundamento de esta unidad que manifestamos y vivimos en la concelebración eucarística.

Tenemos mucha necesidad de esta luz y fuerza del Espíritu de Cristo para todas las tareas que se derivan de nuestra misión —por ejemplo, en el ámbito del tema de vuestro simposio: La juventud,— pero no exclusivamente; el conjunto de esas tareas, toda nuestra misión, exigen cierta gracia particular, para que sepamos con exacta y plena correspondencia descubrir los signos de los tiempos, que constituyen el “kairós” salvífico de los europeos y del continente que representamos y al que “somos enviados” como sucesores de los Apóstoles, de los heraldos del Evangelio, de quienes arranca la historia de Europa después de Cristo.

La maravillosa Asamblea de Puebla

2. Vuestro encuentro —y por lo tanto también nuestra concelebración eucarística de hoy— hunde las raíces en ese pensamiento feliz del Vaticano II que recuerda a los obispos de toda la Iglesia *el carácter colegial del ministerio que ejercen*. Cabalmente, de este pensamiento, expresado con la mayor precisión doctrinal en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, trae origen una serie de instituciones e iniciativas pastorales, que ya hoy testifican la nueva vitalidad de la Iglesia y constituirán ciertamente en el futuro el fundamento de la renovación ulterior de su misión salvífica, en la diversidad de las dimensiones y de los campos de acción.

Al decir esto, tengo todavía ante los ojos la maravillosa asamblea de los obispos de la Iglesia de América Latina, que tuve la suerte de inaugurar el 28 de enero de este año en Puebla, México. Dicha asamblea era fruto de una colaboración sistemática de todas las Conferencias Episcopales de ese inmenso continente, donde actualmente vive casi la mitad de los católicos de todo el mundo. Se trata

de Episcopados de diversa importancia numérica, algunos muy numerosos, como sobre todo Brasil, que cuenta él solo con más de 300 Obispos. La colaboración metódica de todas las Conferencias Episcopales de América Latina tiene su apoyo en el Consejo comúnmente conocido con el nombre de CELAM, que permite a dichas Conferencias revisar juntamente las tareas que se presentan a los Pastores de la Iglesia en aquel gran continente, tan importante para el futuro del mundo. Ya el mismo título de la Conferencia celebrada en Puebla, del 27 de enero al 13 de febrero de 1979, lo atestigua de manera patente. El título era: La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. Es, pues, fácil comprender por el título cuán útil haya sido en Puebla el tema providencial de la reunión ordinaria del Sínodo de los Obispos de 1974: la evangelización.

* * *

O.R. 8/VII/80, pag. 2

LA MIRADA A LA IGLESIA

*Alocución consistorial de Juan Pablo II,
30 de Junio de 1979*

El Senado del Romano Pontífice

Venerables hermanos:

Nos alegramos profundamente de poder celebrar con vosotros este Consistorio, el primero desde que, por misterioso designio divino, fuimos elevado a la Sede de Pedro. Es un gran acontecimiento en la vida de la Iglesia. Se trata, en efecto, de crear nuevos cardenales, que formarán segui-

damente parte del Sacro Colegio, y a quienes los Sumos Pontífices tienen como principales consejeros y colaboradores en el gobierno de la Iglesia Universal. Según las normas establecidas, les corresponde, sobre todo, el derecho y el deber de elegir el Romano Pontífice, Sucesor de aquel a quien Cristo constituyó “principio y fundamento visible de la unidad, de la fe y de la comunión” (*Lumen gentium*, 18).

Aunque no sea muy grande el número de los que hoy se agregan en este Colegio —como sabéis, existen ciertos límites en el número de cardenales—, sin embargo, también estos venerables hermanos nuestros, que van a ser adscritos al Senado del Romano Pontífice, por decirlo así, representan en cierto modo la universalidad de la Iglesia.

Recuerdo de Pablo VI y Juan Pablo I

1. No sin motivo ni significado hemos querido convocar esta selecta reunión hoy, último día del mes de junio. Sabido es que nuestro predecesor, el Papa Pablo VI, de inolvidable memoria, reunía en estos mismos días a los cardenales en su presencia y les dirigía palabras muy importantes, a veces también con motivo de la creación de nuevos miembros del Sacro Colegio. Aprovechaba la ocasión del aniversario de su elección —que fue el 21 de junio—, o el del comienzo solemne de su pontificado, que fue el 30, ó de su fiesta onomástica, que era el 24. Solía entonces pasar brevemente revista a los problemas internos de la Iglesia. Es cierto que ese mismo predecesor nuestro, siguiendo la costumbre de los últimos Romanos Pontífices, hablaba al Colegio de Cardenales también en las vísperas de Navidad de Nuestro Señor Jesucristo para tratar asuntos y cuestiones referentes a la Iglesia y al

mundo; pero, generalmente, movido por motivos diversos a los del mes de junio y frecuentemente desarrollando una temática más amplia. Siguiendo, por tanto, lo que se ha convertido en una especie de tradición, enlazamos con el pontificado de este predecesor nuestro, al que nos unen también otros muchísimos vínculos, como hemos explicado más ampliamente en la Encíclica *Redemptor hominis*. Así que, hoy, evocamos con especial intensidad el pontificado de Pablo VI, del que solamente nos separa el brevísimo intervalo del ministerio de Juan Pablo I, como Sucesor de San Pedro.

La época postconciliar y la tarea de la renovación eclesial

2. El tiempo que ha seguido al Concilio Vaticano II, se distingue —como todos saben— por el hecho de que la Iglesia entera debe comprometerse a realizar las decisiones de ese mismo Sínodo universal. Las cuales no tienen otro objetivo que el de la *renovación* de la Iglesia. Es decir; hace falta —para usar las mismas palabras de nuestro insigne predecesor— que la Iglesia “se adapte a su divino Modelo, que es lo que constituye su fundamental deber” (AAS 55, 1963, pag. 850).

Tal renovación, según la mente del mismo Concilio, abarca muchos aspectos referentes a los hombres y a las cosas: el más importante se refiere al esfuerzo constante que la Iglesia debe hacer para profundizar continuamente la conciencia de su propia misión salvífica; que es también un perpetuo servicio a la causa fundamental del hombre, de las naciones, de toda la familia humana. Esta conciencia debe comportar la seguridad acerca de la tarea salvadora, que deriva de una fe firme y de una humildad sincera y nos hace capaces de realizar con gran espíritu la obra de renovación. Esta obra debe estar constantemen-

te medida —por así decirlo— con el “metro universal” del Pueblo de Dios el cual, mientras participa de la misión salvífica del mismo Cristo, la completa a la vez de diversos modos, según el “don” que cada uno recibe, a fin de llevar la salvación a sí mismo y a los demás.

Es cierto que resulta difícil medir rectamente, sólo con los elementos humanos de juicio, el proceso de esta renovación, entendida en sentido tan amplio. A veces, incluso puede suceder que nos equivoquemos al juzgar lo que acontece, porque la divina Providencia tiene sus propios caminos para conducir a los hombres, a la sociedad humana, a las naciones, a la Iglesia. De ello se sigue, necesariamente, que cualquier criterio para hacer el balance del estado de la Iglesia, es insuficiente: sin embargo, tenemos necesidad absoluta de tal balance, especialmente en determinados tiempos, como los actuales. Sucede, por tanto, que cuando hablamos y opinamos sobre ciertos acontecimientos, nos elevamos siempre y sobre todo a los amorosos designios de Dios y a sus santos juicios sobre la conducta humana.

La colegialidad episcopal

3. Uno de los principales instrumentos para realizar esa renovación y unidad, propia de la Iglesia, tanto universal, como local —es decir, del Pueblo de Dios—, es, sin duda alguna, la colegialidad de los obispos. A este propósito, es justo destacar la Asamblea de los obispos en América Latina celebrada en Puebla. Sus frutos, de una conciencia más aguda sobre la misión de la Iglesia y sobre sus tareas de evangelización en América Latina, según las orientaciones del Concilio y de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, comienzan ya a ser recogidos y abren el futuro a la esperanza. Ciertamente,

los temas que se trataron allí son de suma actualidad para el presente y para el porvenir.

A dicha Asamblea tuvimos ocasión de aportar algo, habiendo presidido su inauguración. Conviene aquí repetir las palabras que nuestro predecesor Pablo VI pronunció en la clausura de la III sesión del Concilio Vaticano II, expresándose así sobre la colegialidad “Esa íntima y esencial relación que hace del Episcopado un cuerpo unitario, que tiene en el Obispo Sucesor de Pedro no ya una potestad diversa y externa, sino su centro y su Cabeza” (AAS 56, 1964, pag. 1011).

Hay que añadir que en estos últimos meses de la vida de la Iglesia ha registrado otros acontecimientos de esta índole, como el “simposio” del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, celebrado en Roma, para tratar sobre “los jóvenes y la fe”. Estos acontecimientos han sido una manifestación significativa de la conciencia colegial y del deber que corresponde al ministerio pastoral de los obispos y de las Conferencias Episcopales. Ninguno, sin embargo, se puede comparar en importancia con la Asamblea de Puebla. Hemos constatado también con satisfacción el importante trabajo realizado por el Consejo Episcopal Latinoamericano, o CELAM, en orden a la preparación de aquellas reuniones, y la intensa participación de muchos prelados.

La Asamblea de Puebla y el viaje del Papa a Santo Domingo y México

4. La Asamblea de Puebla hizo también que nuestro primer viaje, desde que subimos al pontificado, fuese a México, pasando antes por la República de Santo Domingo. Pudimos así ver durante una semana la Iglesia estable-

cida en aquellas regiones. Todavía recordamos, con gratísima memoria, a cuantos pudimos encontrar en aquella especie de visita. Sobre todo, damos gracias a Dios y a su Madre, la cual, especialmente por medio del santuario de Guadalupe a Ella dedicado, se ha hecho clementísima Madre y Señora, no sólo de México, sino de toda América y especialmente de la América Latina. Concretamente recordamos al Presidente de la República de Santo Domingo y al Presidente de México, así como también a los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas de ambas naciones.

Pero aquella visita a la Iglesia mexicana nos dió ocasión de tomar contacto, de modo casi continuo, con el pueblo católico de aquella nación, pueblo que, movido por el espíritu de fe, se agolpaba en torno a Nos con entusiasmo, por dondequiera que íbamos, por dondequiera que nos deteníamos. Vaya, por tanto, nuestro profundo reconocimiento a la Divina Providencia que nos concedió, por medio de esta visita en los comienzos de nuestro pontificado, poder *testimoniar el amor y reverencia de la Sede Apostólica hacia aquel pueblo que tantas dificultades ha experimentado por la fidelidad a Cristo y a su Iglesia*. En el viaje hacia México, nos detuvimos también y celebramos la Santísima Eucaristía en el lugar donde se inició la evangelización de América; así como a la vuleta pudimos encontrar con la comunidad cristiana de las Islas Bahamas.

* * *

MENSAJE DE PAZ Y AMISTAD PARA LOS

PUEBLOS DE AMERICA

Discurso a la Organización de los Estados Americanos

El Evangelio y el cristianismo han marcado la historia del Continente

1. Es para mí motivo de gran placer tener esta oportunidad de saludar a todos los distinguidos representantes de las distintas naciones miembros de la Organización de Estados Americanos. Mi sincero agradecimiento va a usted, Señor Presidente, por las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido. Agradezco también al Secretario General su amable invitación a visitar la sede general de la más antigua entre las Organizaciones regionales internacionales. Es, pues, justo que, después de mi visita a la Organización de las Naciones Unidas, sea la Organización de los Estados Americanos la primera entre muchas organizaciones y agencias intergubernamentales a la que tengo el privilegio de dirigir un mensaje de paz y de amistad.

La Santa Sede sigue con sumo interés y, puedo decir, con especial atención, los acontecimientos y cambios que afectan al bienestar de los pueblos de las Américas. Por esto se sintió muy honrada cuando fue invitada a enviar el propio Observador permanente a esta Institución, invitación hecha, el pasado año, por decisión unánime de la Asamblea General. La Santa Sede ve en organizaciones regionales, como la vuestra, estructuras intermedias que promueven una mayor diversidad y vitalidad interna, en una

determinada área, dentro de la comunidad global de naciones. El hecho de que el continente americano cuente con una Organización encargada de asegurar una continuidad mayor en el diálogo entre los Gobiernos, de promover la paz, de favorecer el pleno desarrollo en la solidaridad y de proteger al hombre, su dignidad y sus derechos, es un factor que beneficia a toda la familia humana. El Evangelio y el cristianismo han entrado de lleno en vuestra historia y en vuestras culturas. Yo quisiera partir de esta tradición común, con el objeto de presentaros algunas reflexiones, con absoluto respeto a vuestras convicciones personales y a vuestra propia competencia, a fin de dar a vuestros esfuerzos una contribución original en un espíritu de servicio.

Frenar la carrera de armamentos dando una solución realista y decidida al problema del desarme

2. La paz es un don precioso que vosotros tratáis de preservar para vuestros pueblos. Estáis de acuerdo conmigo en que no es acumulando armas como se logra asegurar esta paz de forma estable. Aparte de que tal acumulación aumenta en la práctica el peligro de hacer recurso a las armas para solucionar las disputas que pueden surgir, resta considerables recursos materiales y humanos a los grandes cometidos pacíficos del desarrollo, que son tan urgentes. Ello podría también hacer pensar que el orden construído sobre las armas es suficiente para asegurar la paz interna en cada uno de los países.

Os pido solemnemente que hagáis todo lo que esté en vuestro poder para frenar la carrera de armamentos en este continente. No hay diferencias entre vuestros países que no puedan ser superadas pacíficamente. ¿Qué alivio sería para vuestros pueblos, cuántas oportunidades

nuevas se abrirían a su progreso económico, social y cultural, y qué ejemplo tan contagioso se daría al mundo, si la difícil empresa del desarme llegase a encontrar aquí una solución realista y decidida!

Soberanía nacional del Estado y participación de los ciudadanos en las responsabilidades y decisiones comunes

3. La dolorosa experiencia de la historia de mi patria, Polonia, me ha enseñado cuán importante es la soberanía nacional cuando tiene al servicio un Estado digno de tal nombre y libre en sus decisiones; cuán importante es para la protección no sólo de los legítimos intereses materiales del pueblo, sino también de su cultura y de su alma. Vuestra Organización es una organización de Estados, fundada sobre el respeto a la absoluta soberanía nacional de cada uno, sobre la participación paritaria en las tareas comunes y sobre la solidaridad entre vuestros pueblos. La legítima exigencia por parte de los Estados de participar sobre una base de igualdad en las decisiones comunes de la Organización debe ir acompañada del deseo de promover dentro de cada país una participación cada vez más efectiva de los ciudadanos en la responsabilidad y en las decisiones de la nación a través de formas que tengan particularmente en cuenta tradiciones, dificultades y experiencias históricas.

4. De todos modos, aunque tales dificultades y experiencias pueden exigir a veces medidas excepcionales y un cierto período de maduración en la preparación de nuevos avances en la distribución de responsabilidades, ellas nunca jamás justifican un ataque a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen su dignidad. Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación

por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado, el hombre y sus derechos y dignidad, ellas cesarían, en la misma medida, de ser humanas y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano sin una gran decepción. En el pensamiento de la Iglesia es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios. Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una ruina inminente.

La organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa

Sin indebidas interferencias, vuestra Organización, dentro del espíritu con que afronta todos los problemas de su competencia, puede hacer mucho en todo el continente para hacer avanzar un concepto de Estado y de su soberanía que sea realmente humano y que por ello precisamente sea la base para la legitimación de los Estados y de sus reconocidas prerrogativas para servicio del hombre

Los derechos humanos

5. ¡El hombre! El hombre es el criterio decisivo que ordena y dirige todos vuestros empeños, el valor vital cuyo servicio exige incesantemente nuevas iniciativas. Las palabras más llenas de significado para el hombre —palabras como justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos huma-

nos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria. De este modo pierden su poder para movilizar y atraer. Lo recobrarán solamente si el respeto por la persona humana y el empeño en favor de la misma son puestos de nuevo explícitamente al centro de todas las consideraciones. Cuando hablamos de derecho a la vida, a la integridad física y moral, al alimento, a la vivienda, a la educación, a la salud, al trabajo, a la responsabilidad compartida en la vida de la nación, hablamos de la persona humana. Es esta persona humana la que la fe nos hace reconocer como creada a imagen de Dios y destinada a una meta eterna. Es esta persona la que se encuentra frecuentemente amenazada y hambrienta, sin vivienda y trabajo decentes, sin acceso al patrimonio cultural de su pueblo o de la humanidad y sin voz para hacer oír sus angustias. A la gran causa del pleno desarrollo en la sociedad deben dar nueva vida aquellos que en uno u otro grado ya gozan estos bienes, para el servicio de todos aquellos —y son todavía tantos en vuestro continente— que están privados de ellos en medida a veces dramática.

El desarrollo de los pueblos

6. El desafío del desarrollo merece toda vuestra atención. También en este campo lo que vosotros logréis puede ser un ejemplo para la humanidad. Los problemas de áreas rurales y urbanas, de la industria y la agricultura y del medio ambiente, son en larga medida una tarea común. La búsqueda decidida de todo esto ayudará a difundir por el continente un sentimiento de fraternidad universal que se extiende más allá de confines y regímenes. Sin menos cabo de las responsabilidades de los Estados soberanos, descubris que es una exigencia lógica, para vosotros el ocuparos de problemas, como el desempleo, emigración y co-

mercio, en cuanto preocupación común, cuya dimensión continental pide de manera cada vez más intensa soluciones más orgánicas a escala continental. Todo lo que vosotros hacéis por la persona humana detendrá la violencia y las amenazas de subversión y destabilización. Porque al aceptar con valentía las revisiones exigidas por “este único punto de vista fundamental que es el bien del hombre —digamos de la persona en la comunidad— y que como factor fundamental del bien común debe constituir el criterio esencial de todos los programas, sistemas, regímenes” (*Redemptor hominis*, 17), dirigís las energías de vuestros pueblos hacia la satisfacción pacífica de sus aspiraciones.

La libertad religiosa

7. La Santa Sede se considerará siempre feliz de prestar su propia y desinteresada contribución a esta tarea. Las Iglesias locales de las Américas harán otro tanto dentro del marco de sus varias responsabilidades. Favoreciendo el progreso de la persona humana, de su dignidad y sus derechos, sirven a la ciudad terrena, a su cohesión y a sus legítimas autoridades. La plena libertad religiosa que ellas piden es para servir, no para oponerse a la legítima autonomía de la sociedad civil y de sus propios medios de acción. Cuanto más capaces sean los ciudadanos de ejercer habitualmente sus libertades en la vida de la nación, tanto más rápidamente las comunidades cristianas serán capaces de dedicarse a sí mismas a la tarea central de evangelización, es decir, a predicar el Evangelio de Cristo, fuente de vida, de fortaleza, de justicia y de paz.

Construir una sociedad fraterna y justa

Con oraciones fervientes por la prosperidad y la concordia, invoco sobre esta importante Asamblea, sobre los

Representantes de todos los Estados y miembros y sus familias, y sobre los queridos pueblos de las Américas, los favores y bendiciones mejores de Dios Todopoderoso.

Mi visita aquí, a la Sala de las Américas, y ante esta noble Asamblea que se consagra a la colaboración interamericana, quisiera expresar un deseo y una oración a la vez. Mi deseo es que ningún hombre, ninguna mujer, ningún niño de las naciones de este continente se sientan abandonados jamás por las autoridades constituídas, a las que están dispuestas a dar plena confianza en la medida en que estas autoridades procuren el bien de todos. Mi oración es para pedir que Dios Todopoderoso conceda su luz a los pueblos y gobernantes a fin de que descubran constantemente nuevas vías de colaboración para construir una sociedad fraterna y justa.

Una palabra más, antes de dejaros —con gran pena, lo confieso—, después de esta primera y breve visita a vuestra venerada Organización. A principios de este año, durante mi viaje a México, tuve la oportunidad de admirar en la población local el entusiasmo, la espontaneidad y la alegría con que viven las gentes de este continente. Estoy convencido de que tenéis que saber preservar el rico patrimonio humano y cultural de vuestros pueblos; y con éste, habéis de saber mantener también las bases indispensables del progreso verdadero que está constituido siempre y en todas partes por el respeto a la suprema dignidad del hombre.

* * *

MIRADA PASTORAL DEL SANTO PADRE SOBRE ALGUNAS SITUACIONES DE LA IGLESIA Y DEL

MUNDO ACTUAL

Discurso del 28 de Octubre de 1979

Roma, centro de unidad eclesial

1. Roma es lugar de encuentro para toda la Iglesia. Aquí vienen peregrinos de todas las partes del mundo. Entre éstos, tienen un puesto especial los obispos, como Pastores de las Iglesias locales en toda la tierra. Son siempre muy esperados por el Obispo de Roma. Son esos hermanos que permanecen en la unión de la misión apostólica. Y su presencia sirve para reforzar esta unión y para renovar la misión misma. Su estancia en la Ciudad Eterna, sus visitas "ad Limina Apostolorum" son la fuente de esa alegría especial de la que habla el Salmista:

"Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos" (Sal 133,1).

Y a pesar de que esta permanencia juntos no puede prolongarse demasiado a causa de las múltiples obligaciones, sin embargo queda el fruto de la alegría interior y de la renovación del espíritu.

El Consejo Episcopal Latinoamericano y la Asamblea de Puebla

2. En este año, una parte notable de los obispos que

realizan la visita ad Limina la constituyen los Pastores de la Iglesia de América Latina, que desarrolla su actividad a base de una especial conexión organizativa de todo el Episcopado de la que es expresión e instrumento el Consejo continental de los diversos Episcopados (CELAM).

Recordamos todos que al comienzo de este año tuvo lugar la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla, México, que me fue dado inaugurar el día 28 de enero. Al encontrarme con los obispos de cada uno de los países y naciones de América Latina, veo lo importante que es esa conexión que se halla en la base de la misión desarrollada por ellos. Efectivamente, a pesar de que los problemas de la sociedad y de la Iglesia tengan sus propias características en cada país, sin embargo hay muchas analogías entre ellos. Al afrontar todos estos problemas en unión fraterna, las Iglesias, los obispos y los episcopados pueden esperar una mayor incidencia y eficacia en sus iniciativas apostólicas.

Argentina y Chile

3. Deseo proponer hoy de modo especial, como tema de nuestra oración, la Iglesia y la sociedad de ese gran país situado al extremo sur de América Latina, que es *Argentina*.

Son cerca de 25 millones los católicos de esa nación, distribuidos en 60 circunscripciones eclesiásticas. En las audiencias a los obispos, que han venido en estos dos meses para la visita ad Limina, ha pasado ante mis ojos un panorama confortante de la vitalidad de la Iglesia en el desarrollo de su misión. El incremento de las vocaciones religiosas y sacerdotales es prometedor: generalmente se trata de jóvenes maduros, por lo que presentan un alto

índice de perseverancia. El fenómeno se desarrolla en el contexto de un reflorecimiento religioso de la juventud. El 6 y el 7 de octubre de este año, cerca de 800.000 jóvenes fueron a pie en peregrinación desde Buenos Aires a Luján, distante casi 70 kilómetros, para una jornada de oración en torno al célebre santuario mariano de esa ciudad. Efectivamente, la devoción a María es una de las principales características de la religiosidad de los católicos argentinos y es consolador verla tan viva entre la juventud.

Como es bien sabido, Argentina y Chile tienen que resolver un problema, que los divide, sobre la zona austral de sus territorios. Desde los primeros meses de este año he aceptado la invitación a asumir la tarea de mediación. También los Obispos se están afanando para crear un clima de distensión en el que sea más fácil superar la controversia.

El drama de las personas desaparecidas

4. En la oración del Angelus de hoy, además de la alegría, debemos hacernos eco también de las preocupaciones, inquietudes y sufrimientos que no faltan en el mundo de hoy. No podemos olvidarlos cuando nos ponemos ante Dios, nuestro Padre, y cuando nos dirigimos a la Madre de Cristo y Madre de todos los hombres.

Así, con ocasión de los encuentros con peregrinos y obispos de América Latina, en especial de Argentina y Chile, se recuerda frecuentemente el drama de las personas perdidas o desaparecidas.

Roguemos para que el Señor conforte a cuantos no tienen ya la esperanza de volver a abrazar a sus seres queridos. Compartamos plenamente su dolor y no perdamos la confianza de que problemas tan dolorosos sean esclarecidos para bien no sólo de los familiares interesados, sino también para el bien y la paz interna de esas comunidades tan queridas para nosotros.

* * *

O.R. 3/II/80, pags. 1 y 11

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA VISITA

DE JUAN PABLO II A MEXICO

(26-31 de Enero, 1979)

MENSAJE PONTIFICIO AL PUEBLO MEXICANO

Queridos hermanos e hijos de México:

Al cumplirse el primer aniversario de mi visita a vuestro país, quiero haceros llegar mi palabra de saludo, de recuerdo, de agradecimiento y de aliento en el camino del bien.

El beso que estampé a mi llegada a la tierra mexicana quería ser un sincero homenaje a la nación y una prueba de afecto y estima, que iniciaba aquel intenso intercambio de sentimientos que, en gozosa sintonía de corazones, fue manifestándose durante mi permanencia en la ciudad de México, en Puebla, Oaxaca, Guadalajara y Monterrey, extendiéndose desde allí a todos los hogares mexicanos.

Un acontecimiento eclesial evangelizador

Al evocar ahora aquellos momentos imborrables, deseo repetir mi gratitud por vuestra magnífica acogida, que tenía por marco aquel acontecimiento eclesial evangelizador que encontró su concreción mejor en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Recordando aquí lo que fue precisamente el objetivo central de mi visita, es decir, ofrecer por mi parte toda la contribución posible a la causa de la evangelización, desearía una vez más alentaros a robustecer vuestra conciencia cristiana, vuestra vida de fe, vuestra alegría en la práctica esperanzada del mensaje de Cristo, vuestra decisión de trabajar por el bien espiritual y material de todos.

Al Episcopado

No me es posible, en estos breves momentos, deciros todo lo que desearía para ayudaros en el sendero de la fidelidad a Cristo.

A los hermanos en el Episcopado renuevo mi confianza y cordial benevolencia, asegurándoles que los acompaño en sus solicitudes y desvelos constantes, así como en su generosa entrega a la Iglesia y al bien de cada uno de sus fieles.

A los sacerdotes, religiosos y religiosas

A los sacerdotes, religiosos, religiosas y a cuantos se preparan a una consagración específica a Dios y a los hermanos, los animo con intenso afecto en su valiente elección y los aliento a mantenerse fieles a su voca-

ción, caminando siempre en el amor de Cristo (cf Ef. 5,2), con una constante mirada de fe acerca de su propia identidad y del valor de su entrega eclesial.

Al laicado

Al laicado católico organizado y a todos los que desde su tarea personal, familiar o profesional se esfuerzan con denuedo por hacer presente a Cristo en vuestra sociedad, los invito a afianzar la conciencia de su pertenencia eclesial y de su llamada al apostolado derivada del propio bautismo (*Cf Apostolicam actuositatem*, 3).

A los intelectuales y a los jóvenes

Al mundo de los intelectuales, universitarios, estudiantes y jóvenes en general, exhorto a considerar su vida no sólo en función de una sólida formación personal, sino como una verdadera vocación a promotores de elevación humana y moral en la sociedad, para hacerla más digna, más justa, más a la medida del hombre completo (*Cf Discurso a los universitarios católicos*, 31 enero 1979 y *Carta Autógrafa* del 15 de febrero 1979).

A los niños

A los niños, que tantas veces se hicieron presencia alegre en mi camino, ofrezco mi oración particular, para que sean educados como buenos cristianos, en la imitación del modelo más sublime: Jesús, el Dios hecho hombre (*Cf Catechesi tradendae*, 35-38).

A los indígenas, a los campesinos y a los obreros

Mi palabra se dirige asimismo, con acentos de espe-

cial intensidad vivencial, a los miembros de las comunidades indígenas, a los sectores rural y obrero. Sois depositarios de una gran dignidad personal y de valores que merecen, queridos hijos, todo respeto, consideración y apoyo. Sed conscientes de ese vuestro importante papel en la sociedad y en la Iglesia, aspirando y esforzándoos por conseguir metas más altas humanas y cristianas (Cf Discursos en Culiapán y Monterrey, 29 y 31 de enero 1979).

A los enfermos y a todos los que sufren

Finalmente, al mundo del dolor, a los enfermos y a cuantos sufren, reservo mi recuerdo de predilección, que se hace oración por todos. En medio del sufrimiento, mantened la esperanza y ánimo, recordando que, unida a la cruz de Cristo, vuestra soledad interior se transforma en gracia de salvación para vosotros y para toda la Iglesia (Col 1,24 ss., 2 Cor 12,10).

Potenciar la vitalidad de la Iglesia con la ayuda de la Virgen

Amados hermanos e hijos: Ninguno se sienta olvidado por el Papa, que a todos abarca en este recorrido panorámico global. Hagamos todos juntos, yo en medio de vosotros, una peregrinación de fe al hogar y santuario de México. A los pies de la bendita Madre Nuestra, la Virgen de Guadalupe, quiero depositar con vosotros una plegaria: que con su ayuda, esa Iglesia de Dios, cuya vitalidad quise potenciar con mi visita, experimente un crecimiento pujante, una renovada floración espiritual, un incremento de vida cristiana, un consolidamiento de las fuerzas evangelizadoras, un acercamiento constante del México fiel a Cristo, meta y objetivo de nuestro quehacer de cada día.

Como hermano y amigo pido al Padre del Cielo que

os colme de su gracia y paz, mientras bendigo de corazón a cada uno de los mexicanos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

* * *